

Luvina

revista literaria • 26 • diciembre de 2001



- ♦ **Poemas de** Rosalva García Coral, León de Greiff...
- ♦ **Narrativa de** Gabriela Torres, Carlos Vadillo Buenfil
- ♦ **Ensayo de** Luis Alberto Navarro ♦ **Pinturas de** Salvador Rodríguez

♦ UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA ♦

♦ \$20.00 ♦

Centro Cultural
CASA VALLARTA

UN ESPACIO MÁS A TU CONOCIMIENTO



Exposiciones de:
Pintura • Fotografía • Escultura
Videos • Música • Café

Av. Vallarta 1668 ☎ 3615 4930



JOSE HERNANDEZ-CLAIRE

Juan José Arreola
(1918-2001)

índice

5 *Entrevista con Carmen Villoro*
Las atmósferas de la poesía
Karla Sandomingo

8 **Rojo**
Carmen Villoro

9 **Amarillo**
Carmen Villoro

cruzamientos

13 **Mamotretos**
León de Greiff

de los
creadores

21 **Cuarenta y siete pesos**
Gabriela Torres

taller
en

25 **Salvador Rodríguez,**
artista urbano

de los
creadores

33 **Aunque nunca vuelvas a Madrid**
Carlos Vadillo Buenfil

41 **Poemas**
Rosalva García Coral

**43 Tres poemas no coleccionados
del padre Alfredo R. Placencia**
Luis Alberto Navarro

Gethsemani

Yo te saludo

La felicidad

53 Reseñas y novedades

**La intertextualidad en
*Si una noche de invierno
un viajero*, de Italo Calvino**
de Dulce María Zúñiga
Raúl Aceves

Paraípllos
de Ricardo Sigala
Silvia Quezada



En la portada:
Salvador Rodríguez
Noche con cerro
80 x 60 cm, acrílico/tela

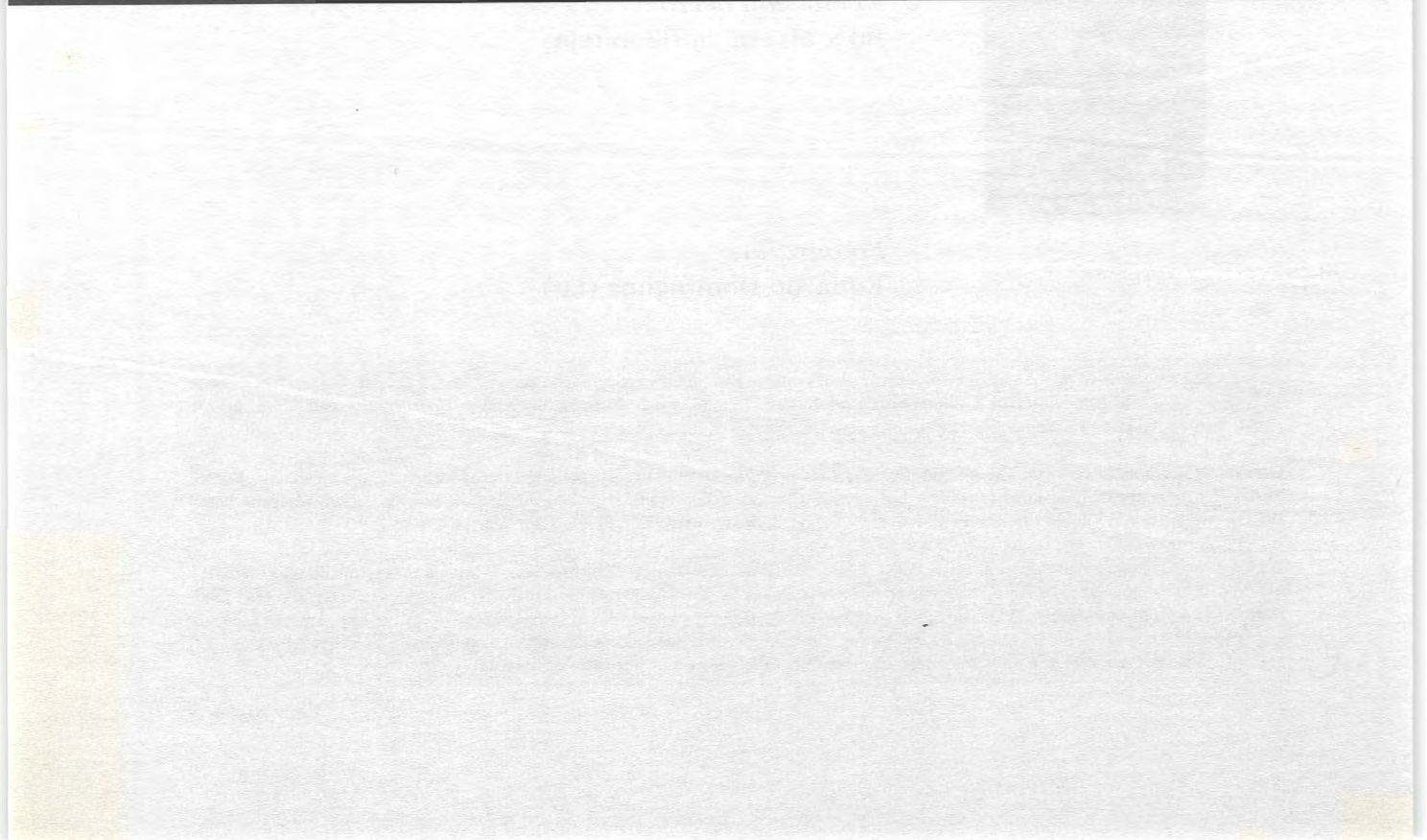
Fotografías:
Eduardo Domínguez (ED)



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA: *Rector general*, José Trinidad Padilla López; *Secretario general*, Carlos Briseño Torres; *Vicerrector ejecutivo*, Ricardo Gutiérrez Padilla; *Coordinadora general académica*, Ruth Padilla Muñoz; *Coordinador general administrativo*, Gustavo Cárdenas; *Coordinador general de extensión*, Silvia Álvarez.

Luvina *Coordinador editorial*: César López Cuadras. *Consejo editorial*: José Brú, Miguel Ángel Hernández Rubio, Baudelio Lara, Marco Aurelio Larios, Luis Medina, Jorge Orendáin, León Plascencia Nól, Felipe Ponce, Guadalupe Sánchez, Ricardo Sigala, Wolfgang Vogt. *Diseño*: Avelino Sordo Vilchis. *Composición*: RAYUELA, DISEÑO EDITORIAL. *Corrección*: FP. *Captura*: Martha L. García.

Luvina Revista trimestral (diciembre de 2001). Editor responsable: César López Cuadras. Número de reserva de título en Derechos de Autor: 04-2001-011814404800-102. Número de certificado de licitud del título: (en trámite). Número de certificado de licitud del contenido: (en trámite). ISSN: 1665-1340. Domicilio de la publicación: Hidalgo 919, sector Hidalgo, 44100, Guadalajara, Jal. Correo electrónico: luvina@cencar.udg.mx Imprenta: Editorial Pandora, s.a., Caña 3657, La Nogalera, 46170, Guadalajara, Jal. Distribuidor: Coordinación Editorial de la Universidad de Guadalajara, Francisco Rojas González 131, col. Ladrón de Guevara, 44600, Guadalajara, Jal. Tel. y fax: 3827 2105/ Página Web: <http://www.editorial.udg.mx/luvina.html>



Entrevista con Carmen Villoro
Las atmósferas de la poesía
Karla Sandomingo

Carmen Villoro vive llena de plantas, rodea su casa de cuadros y objetos que invaden la atmósfera de un clima cálido y cuidado. Su vida cotidiana se llena de las cosas simples que ella va trascendiendo con las palabras y los afectos.

Quise sentarme cómodamente como solemos hacerlo en la terraza de su casa, y después de entregada la entrevista lo hicimos, pero para hablar de lo de siempre, lo que para ella importa, sobre lo grandemente pequeño y lo esencialmente familiar.

Las preguntas se basan en su propio contexto, su casa, el lenguaje que vive propiamente en su vida profesional, las cosas que van haciendo de la vida de Carmen un rodearse de todo aquello que simplemente palpita, aunque en apariencia no tengan vida —ella se encarga de dársela.

Comencé sobre lo que visual y sensualmente puede rodear a cualquiera que se acomode en alguno de los espacios con la garantizada taza de café —¿y el cigarro?

* * *

Luvina: Tienes muchas plantas en tu casa, ¿por qué te gustan?

Carmen Villoro: Las plantas me dicen que todo se renueva. Cuando más triste estoy observo en ellas un retoño y vuelvo a tener confianza.

Karla Sandomingo (Guadalajara, Jal., 1970) fue integrante de los talleres de Raúl Bañuelos, León Plascencia Ñol, Patricia Medina y Carmen Villoro. Es autora de los poemarios Venir del agua (El Hoyo, 1996) y Los círculos del fuego (Instituto Sonorense de Cultura, 1997) y de la novela Salomé, del caos al vuelo.

Carmen Villoro (México D.F., 1958) participó en los talleres de poesía de Juan Bañuelos, Vicente Quirarte y Raúl Renán; es autora de Barcos de papel, en el volumen colectivo de poesía Por la piel (Punto de Partida, 1986); de los poemarios Que no se vaya el viento (UNAM, 1990); Delfín desde el principio (UAM, 1993); Herida luz (Toque de poesía, 1995) y En un lugar geométrico (Ediciones Sin Nombre, 2001); de los libros de cuentos para niños La media luna, (Conaculta/Corunda, 1993); Amarina y el viejo Pesadilla (Universidad de Guadalajara, 1994); Amarina y el viejo Pesadilla y otros cuentos (Norma, 1996, Bogotá, Colombia); del volumen de ensayos El oficio de amar (Pax, 1996); y de dos libros de prosas poéticas, El habitante (Cal y Arena, 1997) y Jugo de Naranja (Trilce, 2000). En 1999 realizó la antología de poesía Mujeres que besan y tiemblan (Planeta, 1999).

L: ¿Cuál es la que más te gusta?

CV: La bugambilia que crece sobre el muro del jardín. A veces me parece que sangra, otras que amanece aunque sea el crepúsculo. Cuando menos la riegas es cuando más flores da; me cae bien porque es poco exigente y muy generosa.

L: Y también te rodeas de pinturas, ¿por qué te gustan?, ¿qué sucede en tu persona mientras cohabitan contigo y con tu entorno?

CV: El arte ha sido mi sentido de existencia. De él me he nutrido, en él me he protegido, a través de él he expresado y resuelto infinidad de emociones y situaciones. Cuando era niña dibujaba y me hubiera gustado ser pintora. Creo que muy pronto volveré a dibujar.

L: ¿Dibujabas? ¿hace cuánto y cómo fue que comenzaste con eso?

¿y por qué dejaste de hacerlo?

CV: Dibujé hasta la prepa, es más, te los voy a enseñar. [Carmen sube las escaleras y regresa con unas viñetas en mano y una revista —*Punto de partida*— en donde publicaron algunos de sus dibujos en tinta china.] No sé que pasó, me volví seria yo creo y Toni [Guerra] los vio en casa de mi mamá, incluso un óleo que tengo allá, y le gustaron mucho. Todos son onda juguetera. Cuando entré en la universidad y tuve contacto con la palabra y con el pensamiento. Perdí frescura, me volví seria, y esa parte irreverente y divertida me gustaría recuperarla.

L: ¿Cuál de las pinturas que tienes es la que más te gusta y por qué?

CV: Todas me significan cosas importantes. Me gusta mucho un cuadro de Toni Guerra que tengo en el comedor. Es la figura de un toro embistiendo un capote; desde que lo vi en el taller de la pintora supe que era mío. Plasmado en rojos, negros, amarillos y azules, tiene gran fuerza e intensidad. Me recuerda la ópera de Carmen. También me gusta mucho un pequeño grabado de Carmen Bordes que se llama «Meditación matutina»; representa el lavabo de un baño y en él un cigarro que se consume lentamente en un cenicero. Creo que me la paso mezclando lo pasional con lo cotidiano.

L: Hablas de los colores de la pintura de Toni Guerra y me vienen preguntas que pueden parecer

simples, pero influyen mucho en las cosas que miramos y en los sentimientos que recibimos: ¿Cuál es el color que más te atrae?, ¿qué imágenes te vienen con él?, ¿de qué consistencia es ese color?, ¿cómo lo vives?, ¿en qué objetos?

CV: Sin duda el rojo; con él me vienen los atardeceres de Pie de la Cuesta, en Acapulco, los cuadros de Joan Miró, una diadema de mi infancia, la plastilina del kínder y el sabor del chorizo. Estudié dos años de medicina pero deserté a causa del color rojo: era demasiado para mí.

L: ¿Aun gustándote tanto?, ¿no era para que te entusiasmara más la medicina? Podrías ver atardeceres en los cuerpos abiertos de tus pacientes y manipular los órganos como plastilina, hasta dibujar paisajes o pinturas sobre la plancha.

CV: No, lo que pasa es que es demasiada intensidad y la realidad es demasiado contundente; prefiero refugiarme en la metáfora que mancharme las manos.

L: ¿Cuál es el objeto de tu casa al que más te aferras y por qué?

CV: Las fotografías. Me gusta ver que el tiempo puede detenerse. Tengo una serie de retratos antiguos enmarcados en mi recámara: mis abuelos, mis padres cuando niños, mis hermanos. Guardo la vida en álbumes de los que jamás podría deshacerme, aunque mirarlos me produce una mezcla de alegría y dolor porque, en realidad, son momentos irre recuperables.

L: ¿Por qué te gustan los objetos?

CV: A todos los seres humanos nos gustan los objetos. Parecen elementos triviales pero guardan una profunda significación, como los juguetes para los niños. A través de ellos nos relacionamos con el mundo, revelan las necesidades y los temores humanos, son nuestro paso por el mundo y, además, a diferencia de nosotros, ellos permanecen.

L: ¿Y los libros? ¿Cuál te gusta como objeto, cuál como libro y por qué?

CV: Los libros son mi fetiche: los sacudo, los acomodo, los clasifico constantemente, a veces no los leo pero me gusta tenerlos. De mis libros, como objeto me gusta *Jugo de naranja*, de la editorial Trilce, por su diseño estético, y una pequeña edi-

ción de Norma de mis cuentos infantiles; como libro, es decir, por su contenido, prefiero por sobre todos *Herida luz* porque es el más genuino.

L: ¿Y de los que tienes en tus librerías, cuál te gusta como objeto?

CV: ¿De los que no son míos? Como objeto me gusta mucho un libro de Caperucita Roja, el original de Perrault, que está maltratadísimo, con las hojas sueltas y amarillas que indican lo vieja que estoy y la cantidad de veces que lo leí en mi infancia.

L: ¿Y por qué te gustan las palabras? ¿Cuál palabra te gusta más?

CV: Las palabras son un vehículo extraño y misterioso, dicen cosas de ti, de lo que traes adentro, pero no sé por qué. Si te pones a pensar, son rarísimas. La palabra *aferras*, por ejemplo, ¿a quién se le ocurrió?, y por qué esa palabra en particular representa una disposición humana. El lenguaje es una locura divertida. La palabra *cosa*. ¿Por qué denominamos *cosa* a las cosas si podrían llamarse *bibilú*. Las palabras son sobre todo graciosísimas y absurdas, y sin embargo comunican. Me gusta la palabra *saltimbanqui* porque brinca.

L: ¿Cómo las haces convivir en una misma hoja?

CV: Casi siempre es una primera frase la que convoca a las demás. Las palabras tienen esa cualidad de atraerse unas a otras, como las células, y de extenderse como las ondas que se forman en un estanque cuando uno tira una piedra. Sueltas una y aparecen las demás. Luego hay que quitar las que sobran, las metiches, las que llegaron por simple oportunismo.

L: ¿Y cómo sabes cuáles palabras andan de mironas, tratándose de quedar en donde no las invitaron?

CV: ¿Cómo sé? Tienen patitas. [Carmen suelta una carcajada y le da un sorbo a su café.]

L: ¿Eres amable para correrlas o lo baces sin piedad?

CV: Lo hago absolutamente sin piedad. Ahí me sale mi sadismo contenido, no hay nada más sabroso que un tachón.

L: De las imágenes que se van formando, ¿qué descubres de ti en ellas?



ED

CV: Descubro quien soy, aquello que desconozco de mí misma; son imágenes que tienen más que ver con mi inconsciente que con mi conciencia.

L: ¿Qué te significan los espacios en blanco?

CV: Los blancos son tan significativos y tan reales como las palabras, no son fondo, también son forma y pertenecen al texto. Son los silencios de la música y los momentos estáticos de bailarín. Tienen vida y presencia.

L: ¿Qué palabras son las que acaban siempre por nombrarse mientras escribes?

CV: La palabra *mar* aparece repetidamente en mis textos.

L: Si las repites tanto, ¿qué simbología las atrapa?

CV: Tal vez porque nací en la Ciudad de México, lo marino simboliza lo otro, lo anhelado, lo distante.

L: ¿Qué otro nombre debió tener el mar, así como hablabas de las *bibilús*?

CV: El mar [y lo dice muy seria tras una pausa] debía llamarse *ton* y las olitas de la orilla *tin tin tin tin tin*.

L: ¿Hay algo de la niña Carmen que tenga que ver con la escritura?

CV: Todo lo que escribo tiene que ver con mi infancia y mi infancia tiene que ver con todo lo que escribo. Cuando trabajo en la escritura recupero la manera de percibir el mundo que tenía cuando era niña, que es la única que vale la pena.

Rojo

Carmen Villoro

Sangro. En todas las superficies extendiendo este dolor que he ido madurando en el corazón de las uvas. Doy a las cosas una intensidad sólo comprendida por el toro cuando recibe la última estocada. Soy la herida que mana en el pretil de una ventana, el tejido de vasos capilares que se rompen al alcanzar la flor del tabachín o se condenan ebrios al fondo de una rosa. Estallo. Soy la carcajada de las frutas y el rubor de los cuerpos desnudos cuando traslucen el torrente airado de sus pasiones calladas. Ardo. De por vida condenado al infierno de mi amor desmedido, en cada gota arriesgo lo mejor porque el peligro me signa y me limita y me da identidad y me contiene. Filo de la muerte, permanezco del lado de la vida: represento su desorden milagroso. Abro el día manchando su superficie y establezco el crepúsculo cuando el sol se desgaja entre los nubarrones. Soy el tiempo que late al interior de las formas, grito que pulsa en el núcleo de todas las palabras.

Amarillo

Carmen Villoro

El amarillo es un diminutivo sin serlo, una mentira sostenida en la i y la elle de su nombre. Nadie le cree a su grito de soprano que hace temblar la superficie de las formas. Si alguien lo toma en serio se vuelve ocre, cálido, toma prestada del rojo la intensidad, se hace profundo, pero deja de ser aquél que presumía y él, agudo seductor, no puede permitir ese atentado al narcisismo. Un fruto es amarillo sólo en sus partes verdes, vaya contradicción que se resuelve cuando el verde no es verde, sino amarillo. La inmadurez es dura, no ha hecho carne, no ha producido miel ni derramado el jugo que la lleva a ser naranja, a abandonar el amarillo como quien deja atrás la juventud insípida para adentrarse en el color amalgamado de la sazón del tiempo. Por eso el amarillo no sabe de sí mismo, se encuentra deslumbrado con su hermosura efímera y lo que exhibe es sólo superficie. Si el sol es amarillo es un sol frío. Sus rayos caen en línea recta, añorando la curvatura de los otros colores. Atrás de su chillido está su angustia, pero ésta se percibe sólo junto al azul, que es todo calma.



ED

L: ¿Cómo fue tu infancia?

CV: No fue una infancia color de rosa. Hubo separaciones y pérdidas que me dolieron. Tuve que entender desde muy chica cosas complejas de la vida, pero fue una infancia poblada de estímulos estéticos. El teatro, los títeres, la plástica, la música y la literatura formaron parte natural de mi entorno y en ellos encontré el gozo y la compañía que necesitaba.

L: ¿Qué escribe la niña y qué la adulta?

CV: La niña escribe poesía. La adulta escribe lo que la niña le dicta.

L: ¿En qué momento Carmen se siente satisfecha de lo que dejó escrito en la hoja, en el libro inédito terminado? ¿Cuándo consideras que está listo para publicarse?

CV: Nunca estoy completamente satisfecha y un libro nunca está totalmente terminado. Publicar es más bien una cuestión de orden, como cerrar un cajón o recoger mi cuarto porque ya es hora de hacer otras cosas.

L: ¿Marca una diferencia en ti lo inédito de lo publicado?

CV: Sí, mientras mis poemas permanecen inéditos puedo seguir jugando con ellos. Cuando los publico pasan a otra dimensión que no me pertenece tanto, se vuelven más serios.

L: ¿Cómo armas tus proyectos? ¿Cómo los descubres en ti?

CV: Eso de los proyectos es una aberración.

Uno aprende a hacerlos para pedir las becas y luego uno tiene que cumplir con el maldito proyecto, lo que le quita espontaneidad a la escritura. Me gusta escribir de lo que me venga en gana, de lo que necesito escribir, sin propósito ni compromiso.

L: Siempre trato de visualizarte en algún rincón de estos muros. ¿Cuál es el lugar de tu casa más poético? ¿En qué radica la poética de ese espacio?

CV: Tal vez es mi estudio. En él están mis libros, mis álbumes de fotografías, mis discos de acetato, mis recuerdos. Me encanta mi escritorio lleno de papeles, pero lo que lo hace más poético es que tiene una ventana y un balcón, y en el balcón una mecedora.

L: ¿Qué ciudad sientes más próxima?

CV: Mi alma pertenece al Distrito Federal, mi corazón es chilango, pero mis sentidos están en Guadalajara, en su luz y sus árboles. Amo las dos ciudades de diferente manera.

L: ¿Cuál es la poética que buscas en tu obra?

CV: Busco la sencillez, el trato directo con las palabras, pero intento que éstas remitan a otra realidad, una realidad fundamentalmente emocional. Creo que los poemas deben tocar el alma del lector, si no la tocan son puro artificio del lenguaje.

L: ¿La vas creando conforme vas por el camino o es un punto que te marcas para llegar a él?

CV: Mas bien la he ido descubriendo como lectora de lo que escribo. Mis poemas me enteran de quién soy y de qué pienso. Sólo a partir de mi obra es que puedo concebir una poética y no al revés.

L: ¿Hay alguna exigencia que te amenace dado que vienes de una familia de escritores?

CV: Mi abuela fue escritora. Mi madre es maestra en letras y poeta en secreto. Mi padre es escritor de ensayos filosóficos, mi hermano es narrador. Los momentos más gratos de mi relación infantil con mi madre eran aquellos en que me leía cuentos por las noches. Aprendí a amar la poesía en los libros que mi madre tenía en sus librerías. La literatura ha sido un asunto de familia, un motivo para compartir los afectos. No lo vivo como una amenaza, sino como un bien común.

L: Plátame sobre eso de que tu mamá es poeta en secreto.

CV: No sólo es poeta, es una buena poeta y apenas ahora se está animando a mostrar sus textos. ¿Pero qué le pasaría a mi madre? Creo que se sintió muy cohibida por todo el mundo intelectual que la rodeaba, el mundo de mi padre, y tuvo miedo a la crítica, pero sus hijos ahora nos damos cuenta de su valor y profundidad, además reconozco en ella mi fuente de sensibilidad.

L: ¿Cómo ves a tu familia, tú como escritora?

CV: Los veo como los seres humanos que son, se me olvida con frecuencia que son escritores, son mi familia, simplemente.

L: ¿Cómo ven ellos a la escritora que es Carmen?

CV: En esencia son respetuosos, aunque también son críticos porque son lectores inteligentes. Juan y yo nos hemos repartido los géneros en un acuerdo silencioso: a ti te toca el cuento y la novela, a mí la poesía, como nos repartíamos el pan en la merienda: yo pido la concha, él el cuerno. Tal vez algún día podamos incursionar en el terreno del otro sin sentir que invadimos el espacio que le corresponde.

L: Y ustedes ¿no eran de los que se ganaban el pan a mordidas o chupadas como suele suceder en las familias?

CV: No, éramos niños muy educaditos... no, no le pongas eso, suena muy mamón. Lo que me ha causado conflictos con mi familia es un exceso de civilidad. No sé si existe la palabra civilidad, que a veces raya en la falta de espontaneidad.

L: ¿Cuál es el pan que más te gusta?

CV: El cuerno.

L: ¿Cuál es tu exigencia propia?

CV: Me gustaría que lo que escribo tuviera profundidad y tocara lo humano, el espíritu de los otros.

L: ¿Cómo ve la persona Carmen a la escritora que hay en ella?

CV: La persona y la escritora deben ser una misma. Si la escritora se separa de la persona, en ese mismo momento debo dejar de escribir. En todo caso me parece más importante ser persona que ser escritora.

L: ¿Cuál es tu trinchera cuando escribes?

CV: La tinta que se desliza. Ella me protege de cualquier dolor.

L: ¿Entonces no te duele escribir?

CV: Me duele el momento anterior a la escritura, ¿como el detonante? Lo que está contenido y todavía no encuentra cauce; una vez que comienzo a escribir, la escritura actúa como una... ¿cómo se llama aquello que hacían en medicina, eso de cortar la vena para sangrar en una bandeja y con eso se curaban? Se llama... sangría.

L: ¿Cuál es tu lado frágil cuando escribes?

CV: Los sentimientos; por eso tiendo a ser cursi.

L: ¿Cuál es la parte de la escritura que más cuidas?

CV: Los adjetivos; caigo en ellos como mosca en la miel.

L: ¿Con qué adjetivo te describes o pudieras nombrarte? Y no estoy hablando de etiquetas

CV: Soy observadora. Como que la lenta parsimonia de mi cuerpo está siempre en contradicción con el ritmo mucho más rápido de mis ojos. [Carmen se ríe y comienza a hacer un movimiento ocular rápido que hace juego con su sonrisa.]

L: ¿Cuál es la parte que cuidas de ti mientras escribes?

CV: Cuando escribo no me cuido, me atrevo a ser frágil. Tal vez es porque siento que las palabras se encargan de cuidarme.

L: ¿Y qué te representa la vida sin escribir?

CV: No me moriría si tuviera que dejar de escribir. La vida es mucho más rica y versátil que la escritura. A veces prefiero una buena botella de vino o una deliciosa comida, una amable compañía o un viaje por los Andes.

L: ¿Qué otra cosa hubieras hecho si no fueras escritora?

CV: Tal vez hubiera sido pintora o actriz de teatro. Son mis vocaciones dormidas.

L: ¿Qué otra profesión consideras que podría ser parte de tu vida interior, con o sin la pluma?

CV: El psicoanálisis es parte de mi vida. Mi segunda pasión es el inconsciente, tal vez por lo que tiene de literario.

L: ¿Tú sabes por qué eres escritora y no otra cosa?

CV: Creo que soy escritora porque un día descubrí que con las palabras podía nombrar la expe-

riencia de estar viva. No sé si a través de otra actividad podría expresarlo con la misma seguridad. Tal vez fue un simple accidente: ahí estaban las palabras y las tomé.

L: ¿Qué es el miedo en ti?

CV: La certeza de la muerte.

L: ¿Con qué animal lo representarías? Y a ti, ¿con qué te representas ante el miedo?

CV: Con un coyote, como los que cazaba mi tío Tito en el rancho de San Luis Potosí. Coyotes y fantasmas en una hacienda sin luz artificial. Ante ese miedo yo soy... una caricatura en cámara rápida.

L: ¿Entonces tu tío podría salvarte de la muerte? [Carmen hace una pausa muy larga, da un sorbo a su café y le fuma a su cigarro.]

CV: Claro que sí. Mi tío Tito fue una figura protectora, paterna, un referente sin duda de seguridad con el que conviví mucho menos de lo que hubiera querido. ¿Tú sabes lo que es en un medio familiar, esencialmente intelectual, tener un tío que sabe utilizar la escopeta y reproducir el sonido del puma? Eso puede salvarte de cualquier cosa.

L: Volviendo a lo de la muerte, ¿cómo imaginas tú que se podría sentir —con los cinco sentidos— el desprendimiento, el instante en que llega el estertor. Es algo que siempre me he preguntado, sobre la experiencia de cuando ya te está dejando la vida.

CV: Me cuesta mucho trabajo ponerlo en sensaciones corporales. [Sus dedos delgados sostienen el cigarro durante muchos instantes.] ¡Qué pregunta Karla! [Se queda callada, muy quieta, como buscando las palabras en el muro que está al final del jardín.] Debe sentirse a algo parecido a la certeza instantánea del desamor, una especie de ahogo y el sabor inconfundible a la renuncia. Pero tengo más bien una visión cinematográfica de mi propia muerte. Me veo anciana, en un jardín, escuchando a lo lejos el barullo de mis nietos, y estoy escribiendo. [Los ojos de Carmen se vuelven medio líquidos.] No sé [una pausa que no descifra hacia donde van sus



ED

ideas], no puedo distinguir todavía las últimas palabras. [Las dos nos quedamos muy en silencio, el café ya está frío desde hace rato, pero apenas me doy cuenta de ello, y mis manos están frías. Ella toma de nuevo un aliento después de aspirar humo y agrega ya un poco sonriente.] Hay sol, ponle que hay sol, es de día. Lo que ya no quiero describir es la forma desincronizada y cómica en la que seguramente me caeré de la silla. [Y vuelve a los rasgos de Carmen la siempre sonrisa y calidez que sostuvo a lo largo de nuestra charla.]

L: ¿Has sentido miedo de que las palabras te dejen?

CV: Sí, porque me quitarían la beca.

L: ¿Qué es lo que tienen de especial para ti las palabras que aún no las has dejado?

CV: Siguen siendo un buen refugio para la soledad.

L: Menciona diez palabras que sean importantes para ti como base cotidiana para escribir?

CV: Tiempo, silencio, orilla, azul, luz, nostalgia, aroma, brisa, palabra, frágil.

L: Haz un poema con ellas.

CV: Tengo un azul sereno en la nostalgia,
aroma frágil

llega con la brisa de esta tarde.

Como siempre, a la orilla

me espera una palabra

pero todavía no sé

si es tiempo o es silencio.

Mamotretos

León de Greiff

Léon de Greiff es uno de esos autores extraños que le suceden a la literatura: poeta de factura excelente, es al mismo tiempo clásico, romántico y moderno. En palabras de José Ramón Medina «se alza como un gran solitario en medio de la vasta y compleja resonancia de la poesía hispanoamericana contemporánea. No tiene antecedentes conocidos ni consecuentes explícitos». En torno a De Greiff llaman la atención ciertas cosas: el estar traducido a varios idiomas, el haber sido nominado por la Academia Sueca para el Premio Nobel de Literatura y el olímpico desconocimiento de su obra por parte de los lectores.

Su poesía tiene una irrefutable autenticidad, el título de su primer libro —*Tergiversaciones* (1922)— anuncia que el poeta va a cambiar, modificar o mirar al contrario alguna cosa, léase poesía. La actitud dominante de De Greiff para con su creación se pone de manifiesto en el nombre genérico que le atribuye al conjunto de su obra: *mamotretos*. Los ingredientes básicos de su hacer poético se localizan en la siguiente cita de Jorge Zalamea: «Catador de todas las literaturas, crítico de todas las historias, auditor de todas las melodías, espectador de todos los dramas y farsas, supo forjarse desde su mocedad un lenguaje, una música y unos mitos de su exclusiva propiedad. Y construir luego con ellos, un universo inconfundible que gira en el espacio de la poesía dentro de su órbita propia, con un ritmo que sólo a él pertenece».

La obra de León de Greiff es rica en referencias eruditas e imaginativas, entre estas últimas, especies de transformaciones de sí mismo, se encuentran personajes como Loe le Gris, Matís Aldecoa, Gaspar von der Nacht, Erik Fjordsson, Sergio Stepanski, Claudio Monteflavo, Ramón Antigua, Gunnar Tromholt, Diego Estúñiga, Hårald el Oscuro, Guillaume de Lorges, Beremundo de Lelo, Bogislao, los cuales le sirven para officiar de vikingo, pirata, bufón, juglar, clown, trovador, paleógrafo, titiritero, vagabundo, cazador y toda una ralea de antihéroes o de individuos fuera de la ley.

León de Greiff nació en Medellín en 1895; formó parte del grupo de intelectuales que fundó la revista *Los Nuevos*; publicó ocho *mamotretos* entre 1922 y 1973; en 1949 fue detenido por «razones políticas» que nunca se explicaron; en Madrid en 1956 Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso y Gerardo Diego, entre otros, le rindieron homenaje, lo mismo que García Márquez en 1971. Murió en Bogotá, Colombia, en la madrugada de un domingo de julio de 1976. [Ricardo Sigala]

*Tergiversaciones**

I

Porque me ven la barba y el pelo y la alta pipa
dicen que soy poeta..., cuando no porque iluso
suelo rimar —en verso de contorno difuso—
mi viaje byroniano por las vegas de Zipa...,

tal un ventripotente agrómena de jipa
a quien por un capricho de su caletre obtuso
se le antoja fingirse paraísos... al uso
de alucinado Pöe que el alcohol destripa!,

de Baudelaire diabólico, de angelical Verlaine,
de Arthur Rimbaud malévol, de sensorial Rubén,
y en fin... hasta del Padre Víctor Hugo omniforme...!

Y tánta tierra inútil por escasez de músculos!
tánta industria novísima! tánto almacén enorme!
Pero es tan bello ver fugarse los crepúsculos...

(1916)

(De *Tergiversaciones*, 1925)

* Los poemas fueron seleccionados de GREIFF, León de, *Mamotretos* (Selección y nota introductoria de Francisco Hinojosa), *Material de Lectura, Serie Poesía Moderna 84*, UNAM, México, d.f., s.f.

Relato de Sergio Stepansky

*Juego mi vida!
Bien poco valía!
La llevo perdida
sin remedio!*

Erik Fjordsson

Juego mi vida, cambio mi vida.
De todos modos
la llevo perdida...

Y la juego o la cambio por el más infantil espejismo,
la dono en usufructo, o la regalo...

La juego contra uno o contra todos,
la juego contra el cero o contra el infinito,
la juego en una alcoba, en el ágora, en un garito,
en una encrucijada, en una barricada, en un motín;
la juego definitivamente, desde el principio hasta el fin,
a todo lo ancho y a todo lo hondo
—en la periferia, en el medio,
y en el sub-fondo...

Juego mi vida, cambio mi vida,
la llevo perdida
sin remedio.

Y la juego —o la cambio por el más infantil espejismo,
la dono en usufructo o la regalo...:
o la trueco por una sonrisa y cuatro besos:
todo, todo me da lo mismo:
lo eximio y lo rüin, lo trivial, lo perfecto, lo malo...

Todo, todo me da lo mismo:
todo me cabe en el diminuto, hórrido abismo
donde se anudan serpentinos mis sesos.

Cambio mi vida por lámparas viejas
o por los dados con los que se jugó la túnica inconsútil:
—por lo más anodino, por lo más obvio, por lo más fútil:
por los colgajos que se guinda en las orejas
la simiesca mulata,
la terracota nubia,
la pálida morenaza, la amarilla oriental, o la hiperbórea
[rubia:

cambio mi vida por un anillo de hojalata
o por la espada de Sigmundo,
o por el mundo
que tenía en los dedos Carlomagno: —para echar a rodar
[la bola...

Cambio mi vida por la cándida aureola
del idiota o del santo;
la cambio por el collar
que le pintaron al gordo Capeto;
o por la ducha rígida que le llovió en la nuca
a Carlos de Inglaterra;
la cambio por un romance, la cambio por
[un soneto;

por once gatos de Angora,
por un copla, por una saeta,
por un cantar;
por una baraja incompleta;
por una faca, por una pipa, por una sambuca...

o por esa muñeca que llora
como cualquier poeta.

Cambio mi vida —al fiado— por una fábrica de crepúsculos
(con arreboles);
por un gorila de Borneo;
por dos panteras de Sumatra;
por las perlas que se bebió la cetrina Cleopatra—
o por su naricilla que está en algún Museo;
cambio mi vida por lámparas viejas,
o por la escala de Jacob, o por su plato de lentejas...

¡o por dos huequecillos minúsculos
—en las sienes— por donde se me fugue, en grises podres,
toda la hartura, todo el fastidio, todo el horror que
[almaceno en mis odres...!

Juego mi vida, cambio mi vida.
De todos modos
la llevo perdida...

(De Variaciones alrededor de la nada, 1936)

Retrato de Guillaume de Lorges

Yo, señor, soy acontista.
Mi profesión es hacer disparos al aire.
Todavía no habré descendido la primera nube.
Mas, la delicia está en curvar el arco
y en suponer la flecha donde la clava el ojo.

Yo, señor, soy acontista.

Azores y neblíes, gerifaltes, tagres, sacres, alcotanes,
[halcones,
acudid a la voz del acontista!

Y enderecemos nuestras garras a la conquista
de las nubes, volubles como los corazones...
y —cual los corazones— inmutables.

Yo, señor, soy acontista.

También he sido juglar en los mesones.
Revendedor de bulas.
Tañedor de laúd.
Y tragador de fuego y engullidor de sables.
Y bufón en las ferias.

Damas de los castillos a catar diéronme frutos de acendrada
[virtud:
noches de bendición!
Otras noches fueron bien miserables.

Yo, señor, soy acontista.

También me he entretenido en cosas serias:
Conocí al asno de Buridán
Y al propio Buridán, que estuvo en la Tour de Nesle
(alguna vez fui con él,
pero me devolví de la poterna)
y vi ahorcar a Montfauçon
a Messire Enguerrand de Marigny.
Poco en letras leí...
mas sí he bebido buenos vinos, paladeado vianda tierna,
y comido del mejor pan.

Yo, señor, soy acontista.

Mi profesión es hacer disparos al aire.
Todavía no habré descendido la primera nube...?
También soy jugador de dados
y tengo mis ribetes de asesino.
Presumo haber —en lontana ocasión— hurtádome los
[vasos sagrados
de ya no sé qué iglesia, abadía o convento.
(Creo que han sido mías varias esposas de Jesús,
cuyos votos de castidad y su amor al esposo divino
fueron plumas al viento
y golondrinas migratorias que soltaron su vuelo desde la
[Cruz...)

Azores y neblíes, gerifaltes, tagres, sacres, alfaneques,
[halcones:
acudid a la voz del acontista!

Y enderecemos nuestras garras y nuestros picos a la
[conquista
de las nubes, volubles como los corazones...
y —cual los corazones— siempre iguales.

Yo, señor, soy acontista.

También resulto un poco lento y mucho largo en las mis
[relaciones...
Juzgo que hay caso de fantasía en mi rapsodia:
pero, ni yo soy Tácito, ni aquestos son Anales...
Tampoco he de cantar la palinodia
ni de irrumpir en monótonos trenos!

Yo, señor, soy acontista.

Nada más. Nada menos.

Y tengo sueño y tengo sed, señor. Salud! Y Abur! señor,
abur! Y hasta otra vista.

(De Variaciones alrededor de nada, 1936)

Sonetes

I

Seor Satán estaba sitibundo
—Noé a su vera y en las mismas—; nada
para beber, si no de avena helada
cuatro pintas: ¡brebaje tremebundo!

Metafísicos, Hamlet, Segismundo
—el tercero era Kant— parlaban; cada
cláusula suya ingente carcajada
suscitábale a Falstaff rubicundo.

Seor Satán trinaba, y a su vera
Noé en las mismas; ni una humilde copa
de montañero anís, ni un mero azumbre

del de Caná, que tan sabroso era...
En esas pasa, con ninguna ropa
Cleopatra y con ojos que echan lumbre.

II

En esas pasa Cleopatra, nuda,
rumbo al Nilo...; ¡Qué César ni qué Antonio!
¿Cleopatras a mí? —chilla el Demonio
—Seor Satán— Noé no se demuda.

Noé más que un Noé parece un Buda.
Noé más que un Noé parece un gonio
o el busto aquel del «vestíbulo ansonio»:
Cleopatra pasó, remacanuda;

Seor Satán se olvidó de su sicio,
dejó a Noé mesándose las longas
y amalayando dos o tres arreos.

Cleopatra pasó. ¡Lo que es el vicio!
Adiós Noé! muy buena te la pongas!
Me voy tras esta chata y sus meneos!

III

Seor Satán —hecho áspid— a la caza
de Cleopatra desnuda rumbo al Nilo,
—rumbo al delta, mejor—. Si pierdo el hilo,
con volver a empezar tras trazo o traza.

Cleopatra, cetrina morenaza
de no breve nariz, de ardiente asilo
para el amor (en íntimo sigilo
o a toda luz en medio de la plaza)

Seor Satán siguió tras la cetrina
morenaza de órdaño, venusta
sí: como Helena la de aquí fue Troya.

Cleopatra pasó, sonrió, ladina;
iba sin galas lista a entrar en justa:
Seor Satán tomo sus delta y joya...

IV

Estrambote

Y, hecho un áspid, la fresa purpurina
de sus pezones saborea y gusta,
golososo asaz, y retornó a la hoya
de Cleopatra acezante, serpentina
muy más que el áspid. Él allí se incrusta
y Ella a su vencedor, cómplice, apoya.

Moraleja

Seor Satán estaba sitibundo.
Sació su sed Cleopatra, le donando
su viña y su lañar —en dando y dando
y en recibiendo— (lo mejor del mundo
en concepto de Lelo Beremundo)

(De Nova et vetera, 1970)

Cuarenta y siete pesos

Gabriela Torres

Lina lleva su nombre en un trozo cuadrado de cartón, prendido con un alfilercito dorado al holán blanco de su vestido. El camión salió de noche y ella piensa que han pasado horas desde que su hermana la despidiera en la centralita de camiones del pueblo. Pero no ha transcurrido ni siquiera una. Se da cuenta cuando escucha que alguien pregunta y otro contesta que casi las ocho. Le calan los huaraches, el calor de la tierra de donde viene hincha los pies al punto de romperle las correas. No quiere que éstos corran la misma suerte que los anteriores, son los únicos con que cuenta. Se los quita y se pasa un pie y luego el otro por arriba y abajo de las pantorrillas. Siente la costra de sus plantas subir y bajar.

El pasajero de al lado tiene rato roncando y algunas gotas de baba le escurren por la boca abierta. Lina se hace bolita hacia la izquierda, pega la cabeza al cristal y se pone a mirar la ventanilla negra. Nada se distingue. Se le empiezan a marear los ojos y tiene que cerrarlos. Despierta y el camión parado. Casi ninguna gente arriba.

La Yeya le prestó cuarenta y siete pesos que trae amarrados en un costalito en el cinturón de su vestido. Le había soltado una cantaleta de órdenes durante el camino a la central: que no eran para comprar cosas en las paradas, que cuidado con bajarse que luego se le iba el camión, que no perdiera el papelito con la dirección, que no fuera a ser burra y dejara su lugar porque se lo podían ganar, que no se

Gabriela Torres López (Guadalajara, Jal., 1965) ha publicado en revistas y suplementos culturales de Guadalajara. Con el cuento Cáscaras de naranja obtuvo el 1er lugar en el concurso de cuento del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO) «Cuarenta y siete pesos» mereció una mención honorífica en el 1er Premio Nacional de Cuento Ramón Rubín 2001.

tapara el cartoncito con el suéter porque no iban a verla, que cuidado con los hombres que en las ciudades eran cabrones y no como los buenotes del pueblo, que esto, que lo otro, que te encargo, que no te amenses, que reces, que digas, que no digas, que hables o te hagas la muda.

La Yeya era la lista, ni modo de no hacerle caso, ya había trabajado en ciudad, sabía leer y hacer cuentas, regresaba al pueblo con su buen dinero y al cabo de algunos meses se volvía a ir. La última vez hasta le había alcanzado para enjarrar los dos cuartos en los que se repartía a su familia. Ahora le tocaba a Lina.

Tiene sed, pero la Yeya *había dicho*, así que se lame los labios resecos con la punta de la lengua. Mejor que no tomara agua, luego le venían las ganas de orinar y qué iba a hacer. Siente las ruedas brincotearle en la cadera, pega de nuevo el pelo negro a la ventana y se vuelve a dormir. Cuando abre los ojos ya es de día. Se tienta el costalito y se endereza. Le duele el cuello y tiene adormecidas las piernas, pero no se anima a moverse y se queda quieta, levanta su mochila del suelo y la abraza, luego se pone los huaraches.

El señor de al lado va leyendo, Lina mira de reojo todos esos signos negros, después observa la mirada del hombre, que se mueve de un lado a otro siguiendo los renglones, ve cómo junta las yemas de dos dedos para pasar una hoja y siente envidia por las novelitas de Yeya, *pinche Yeya*, nadie le agarraba sus revistas de amor porque fuera de ella, quién iba a poder leerlas. Había tenido los mismos dos años de primaria que después tuvo la Lina, pero a ella sí le habían bastado para escribirle de corrido al novio recados en papeles blancos que después sellaba con un beso rojo y un corazón atravesado.

Lina pasó como todas las muchachas en el pueblo por el banquito de la tortillería. Se le revolían las cuentas y no le salían a la hora de cerrar, hasta que el dueño decidió ponerla donde su negocio no corriera riesgo y la enseñó a pesar kilos y medios kilos en trozos cuadrados de papel y a cerrar en forma de maripositas las esquinas .

La Yeya se burlaba diciendo que la burra de Lina no había nacido para leer y escribir. Y era cierto.

Lina lo sabía. No a todos se les daban las mismas cosas pero al menos no pasaba de los catorce y ya se atrevía a trabajar en la ciudad *ah, mi Lina, ahora le toca a usted* le dijo el papá casi sin mirarla en lo que la mamá le paseaba la cruz por la carita larga de semilla y le trenzaba las manos al costalito con los pesos de Yeya. De ahí para afuera, camino a la central con la hermana hable y hable, ordene y ordene. Lina nomás la oía, con los ojos pegados a la tierra que volaba de sus huaraches de correas negras y azules, con los nervios atorados en una bola que le traía dolorido el estómago.

Siente algo duro que le pica un ojo y se pellizca una legaña con la uña, mira la piedrita amarilla y se la quita con los dientes. Mastica un ratito antes de pasarla. No saben a nada pero le gusta comérselas. La Yeya siempre le dice puerca. Ha tratado de escupirlas pero ya con ellas en la boca no puede aguantarse.

De día el camión parece avanzar más lento. Le dijeron que iba a llegar muy temprano, que la comadre de la ex patrona de la Yeya la iba a estar esperando. Estira las piernas. Trae la figura de la señora bien aprendida, lo ha venido repitiendo para que no se le olvide: blanca, con manchitas cafés en la cara, pecas, se llamaban pecas. El señor seguro iba a acompañarla , también blanco y con un bigotito disparejo medio rubio. Sin pelo. Con el casco pelón y brillante.

Por fin las ruedas se detienen. Ya no aguanta las ganas de orinar. Ya hace rato que trae las piernas apretadas y tiene miedo de hacerse. Se levanta casi al mismo tiempo que el del libro y se le pone por detrás, uniéndose a la fila de gente que se acumula en el pasillo. El hombre dice que huele mal y camina con una mano tapando su nariz, también se queja de los aventones. Ella apenas se le despega, la gente de los asientos delanteros quiere meterse y a Lina que le urge bajarse para buscar los baños. Piensa qué vergüenza si lo primero que dice *es buenos días, me estoy haciendo, por el amor de Dios*, no, preguntará por un baño antes. Apenas baja le pregunta a una vieja que acomoda dulces en una caja, que le sonrío y le dedica una encía roja y sin dientes. Lina casi corre hacia la monita azul sin cara de una puerta blanca. Sale con la cara lavada, la

mochila a los hombros y el pelo relamido en una cola, sigue a la poca gente que aún transita hacia la salida del andén. Revisa el cartón y el costalito, el costalito y el cartón.

Se queda parada y se pone a mirar. Ve tanta gente junta que se asusta. Acaricia nerviosamente el nombre en letras negras en su pecho. El cartón se ondea por el movimiento de sus manos, las letras se pasean arriba y abajo por los dedos nerviosos. La Yeya lo escribió, *pinche Yeya*, pero a Lina no se le había dado eso, se tenía que conformar con los besos dibujados en óvalos negros sobre las hojas delgadas como obleas de las novelitas, devorarlos con los ojos antes de guardarlos debajo del colchón para que la Yeya no se diera cuenta, resignada a imaginarse si los novios se contentaban o se decían adiós.

Se acerca una señora como la que trae en su cabeza, dice *debes ser tú* y ella *sí* y le enseña el cartoncito mientras repite su nombre despacio, con una voccecita que apenas se oye *sígueme* y eso hace, y van a reunirse con quien Lina corrobora que es el esposo: casco brillante, bigote que se mueve mientras sorbe al popote de un vaso de plástico, la mira, después a la esposa, a Lina se le hace agua la boca. Alguien se agrega, una niña como de diez años que mira inquisitivamente a los padres y después a Lina, pasea sus ojos por la cara de semilla, por el pelo negro húmedo y brillante, por el holán blanco del vestido. Trae un jugo verde en una botella de plástico y se lo toma a sorbitos, frunce la nariz. La Señora la toma de la mano *vámonos*, Lina los sigue, cuando menos acuerda está instalada en el asiento trasero de un auto, con su mochila acostada en las piernas. Siente la lengua amarga y los labios secos. Las preguntas de La Niña la trasladan a sus padres otra vez, puede ver a sus hermanos y a la Yeya, arriba de todos sus recuerdos, crecida frente a todo lo demás.

Llegando a casa se anima y pide agua, se anima y comienza a platicarle a La Señora de las inundaciones que una vez se llevaron las casitas de su pueblo. No se atreve a mirarla pero le habla del miedo que tenía de bajarse y que le ganaran el lugar, de que tiene una hermanita del tamaño de La Niña. Se le suelta la lengua pero La Señora la calla diciendo donde está la gaveta para que acomode su ropa, la

toalla y el jabón que debe utilizar, la pasta de dientes y un cepillo con cerdas azules. Le ordena bañarse con un dedo largo que señala hacia la regadera.

Ya sola en el cuarto, Lina saca de la mochila otro vestido, dos calzones de color azul pálido, un cristito de chicle y un peine amarillo. Se quita el cartón y el costalito y los deja sobre la mochila en una esquina de la cama. Hace lo mismo con el vestido y el sostén, que se quita apresuradamente mirando hacia la cortina plisada que cubre la puerta. Se mete al baño con todo y calzones.

Ya limpia Lina, La Señora está dispuesta a continuar, con qué debe empezar, cómo debe tratar esto o aquello, a qué horas se tienden las camas, qué le gusta desayunar a La Niña, el café del Señor, los días que pasa la basura, que el pago es cada primero de mes. Entiende poco, se le figura que los de ciudad hablan demasiado rápido, que dicen muchas cosas juntas, como si alguien los estuviera correteando.

La Niña camina cerquita de la mamá, no termina de fisgonear la escuálida y encogida humanidad de Lina; llaman su atención las palmas blancas de sus manos, el pelo largo y liso recogido en un molote con una pinza para ropa, la risita nerviosa que le recoge los delgados labios.

La voz de la Yeya se le revela en las noches, cuando frente a su cristito de chicle hace un recuento del día, *si te mandan de a muchas cosas, no te atarantes, haz de una en una, no la vayas a regar*, desde el café con tres de azúcar para El Señor hasta los platos de la cena, inclinados sobre el escurridor, con las cucharas lavadas soltando todavía gotitas, *a la primera que te amenses te mandan de vuelta*, cuando ya las plantas de los pies le punzan y se siente medio alelada a causa del sueño que provoca que le pesen los párpados. Luego se pone a rezar con las manos morenas aferradas al cristito, a veces ni termina, despierta otro día con la figura de chicle sobre su pecho plano, la endereza sobre la cómoda, con los bracitos abiertos dando a la cama que alisa con las manos antes de oír el primer *Liiiiiiiiina* que la despabila por completo.

Los días pasan rápidamente, pronto se aprende la rutina: lunes y miércoles los vidrios de todas las recámaras, con un trapo gris que empapa y exprime

en un balde. Los viernes se despelleja los dedos con el cochambre acumulado de la estufa. Domingo es el único día que se salva de los baños. El martes dispone de tres horas para planchar siete docenas de ropa entre pantalones, camisas, overoles de La Niña, pijamas de franela.

Casi no habla, pero le gusta contemplar a La Niña que se le acerca al cuarto de televisión en las tardes cuando dobla la ropa. Lina llega con el tambo lleno y mientras dobla en cuatro los calzones del Señor, alisa los pantalones de la plancha, separa las camisetas y hace bolas con los calcetines, La Niña se tiende en el suelo con las piernas hechas nudo, esparce libros y cuadernos sobre el suelo, saca de un estuchito un lápiz naranja y uno rosa, una goma de borrar, un sacapuntas en forma de corazón. Para Lina es la mejor parte del día, desde que limpia el último rincón de la cocina, lava el último vaso, entonces vuela por el tambo y se instala frente a la tele apagada, a esperar a que La Niña la prenda, se acueste de panza y comience a escribir, se chupe un dedo cuando algo no entienda, tararee las letras apretando el lápiz y su voz le llegue confundida con los buenos y malos de la telenovela.

Se empeña en hacer derecha la raya de los pantalones del señor cuando siente algo que le cala en la frente, son los ojos verdosos de La Niña, que la miran fijamente *si quieres te enseño, jugamos a que yo soy la maestra*. Desde ese día se apura, rezando por que La Señora no se dé cuenta que los dobleces no quedan idénticos, para que no perciba las bolsas de los pantalones fruncidas, los cuellos desaparejos de las camisas blancas.

Se le van los ojos, la letra redonda y derechita que La Niña hace con su manita apretada, se pone atenta *la i es un palito, entiendes*, entiende, y se asombra de entender. Pasan otras tardes *la o redonda y gorda* antes de que se atreva a coger el lápiz con sus propias manos *la a chiquita tiene panza* lo coge, no podría expresarlo pero se sabe viviendo un

acontecimiento memorable, tanto que promete su costalito en pago por enseñarla, a fin de cuentas la Yeya dijo *para algo importante* y esto es importante. La Niña calcula rápidamente cuántas bolsas de papitas, tamarindos y chocolates de pollito podrá comprar con cuarenta y siete pesos, acepta y parece divertida, llega puntual a la clase, adopta su pose de maestra elegante y regañona, hace a su alumna como le da la gana pero a Lina no le importa, los signos negros empiezan a tomar significado, aunque a veces tanta cosa la revuelva y la deje peor que al principio. En una de esas La Niña se enfada, se harta de tantas tardes jugando a lo mismo, de los ojos extraviados de Lina, de las manos que se talla nerviosa en el vestido, de la risita como de que no entiende *estás como tonta* le escribe su nombre en un cuaderno para que lo repita muchas veces a ver si se lo aprende, *toma, te regalo un lápiz* y le corre haciendo caras.

Esa noche Lina se tiende de nuevo en su cama, a repasar las letras redonditas del papel, una por una, quiere enseñárselo a La Niña, demostrarle que no es tan burra, para que se anime a ser de nuevo su maestra, escucha de nuevo los comentarios de la Yeya atravesarle los oídos y un coraje verde se le sube por el cuerpo y se le atora en la garganta.

Iiiii, repite Lina, una noche, dos, varias, escribe muchas veces el nombre que La Niña ha escrito, la hojas blancas del cuaderno se van llenando de intentos, hasta que una noche, iiiii, Lina logra juntar una letra con la otra, se acuerda de la mnnn, pronuncia la dddd con la lengua pegada en sus dientes, otra vez iiiii como un grito y la aaaaa. Desde un principio, hace un esfuerzo y repite iiiiiiiinnnd, iiiinnnddi,, iinddiia, india. India. India. Lo reza veinte veces más, enrosca el lápiz con la hoja y lo deja sobre el suelo. Se soba las manos con gusto, sonrío con unos dientes que lucen blanquísimos sobre su piel morena y dice para sí contenta *pinche Yeya, sí pude, te chingué*.

**Salvador Rodríguez,
artista urbano**



Cerro lejano y torres
120 x 100 cm, acrílico/tela



Cerros desde la casa de Ulises I
40 x 100 cm, acrílico/tela

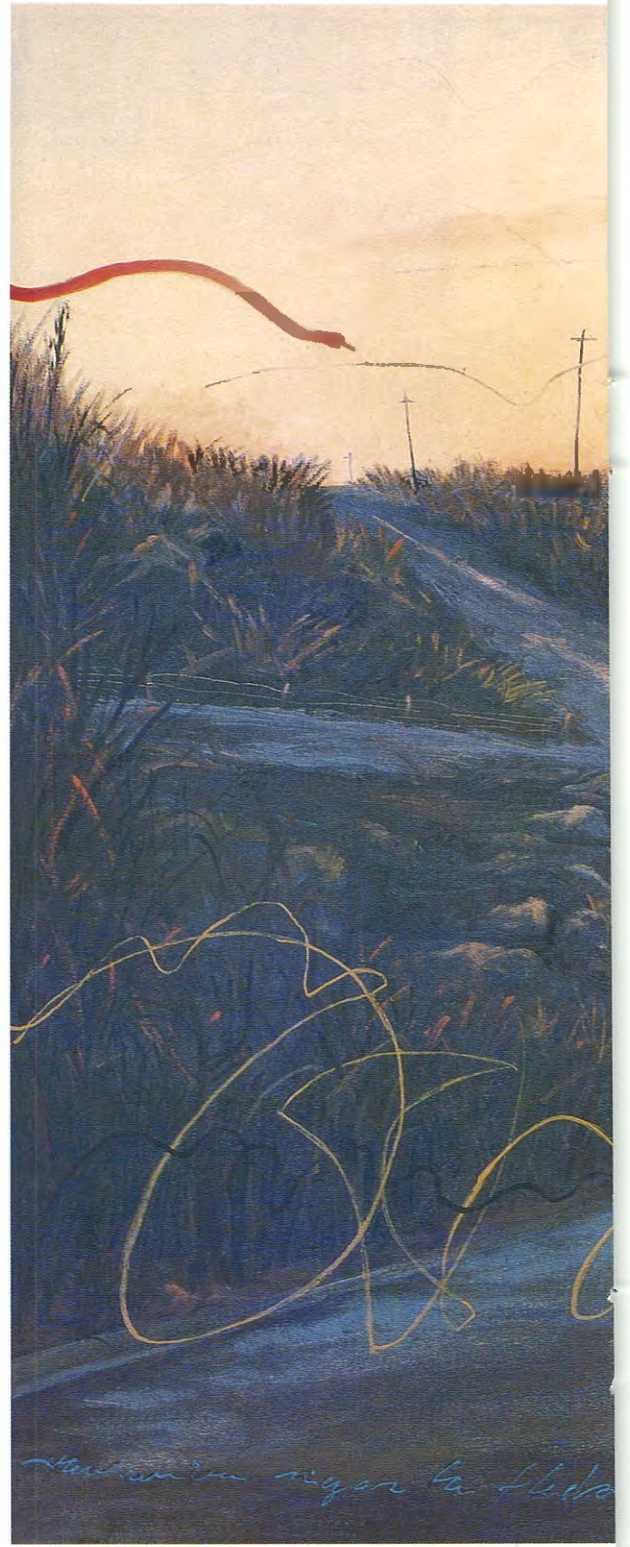
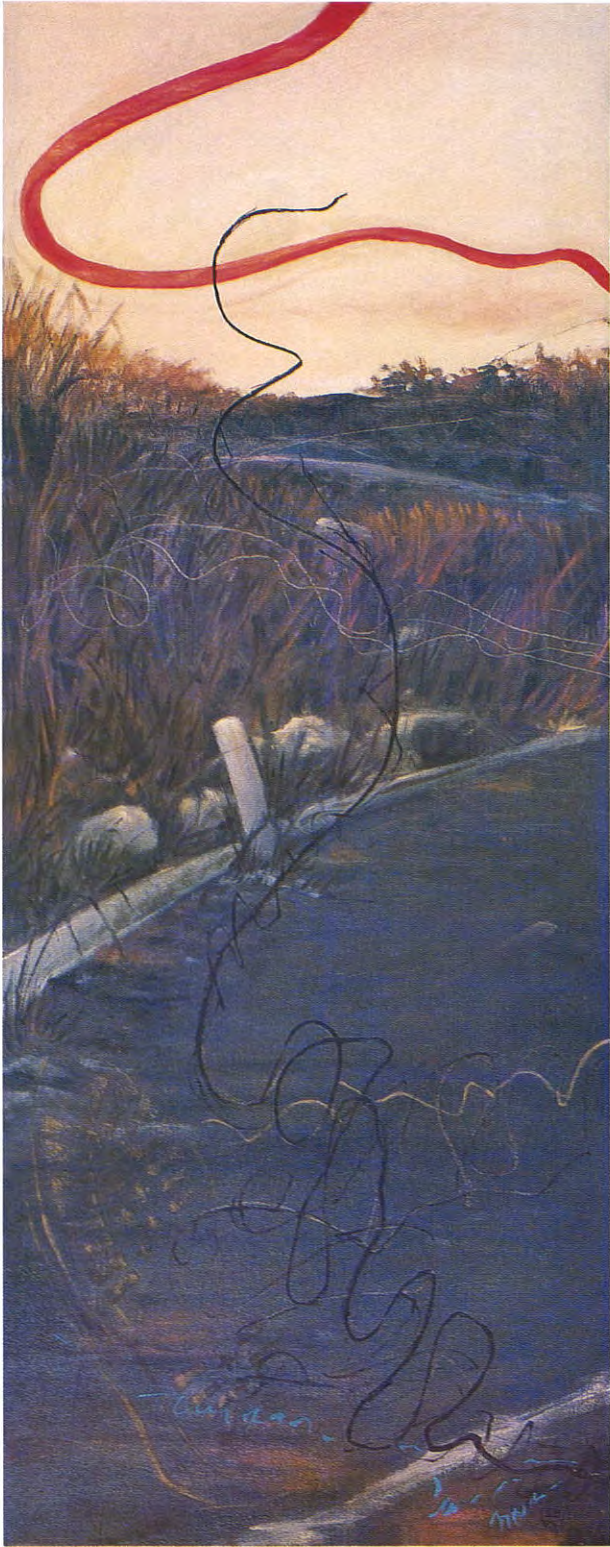


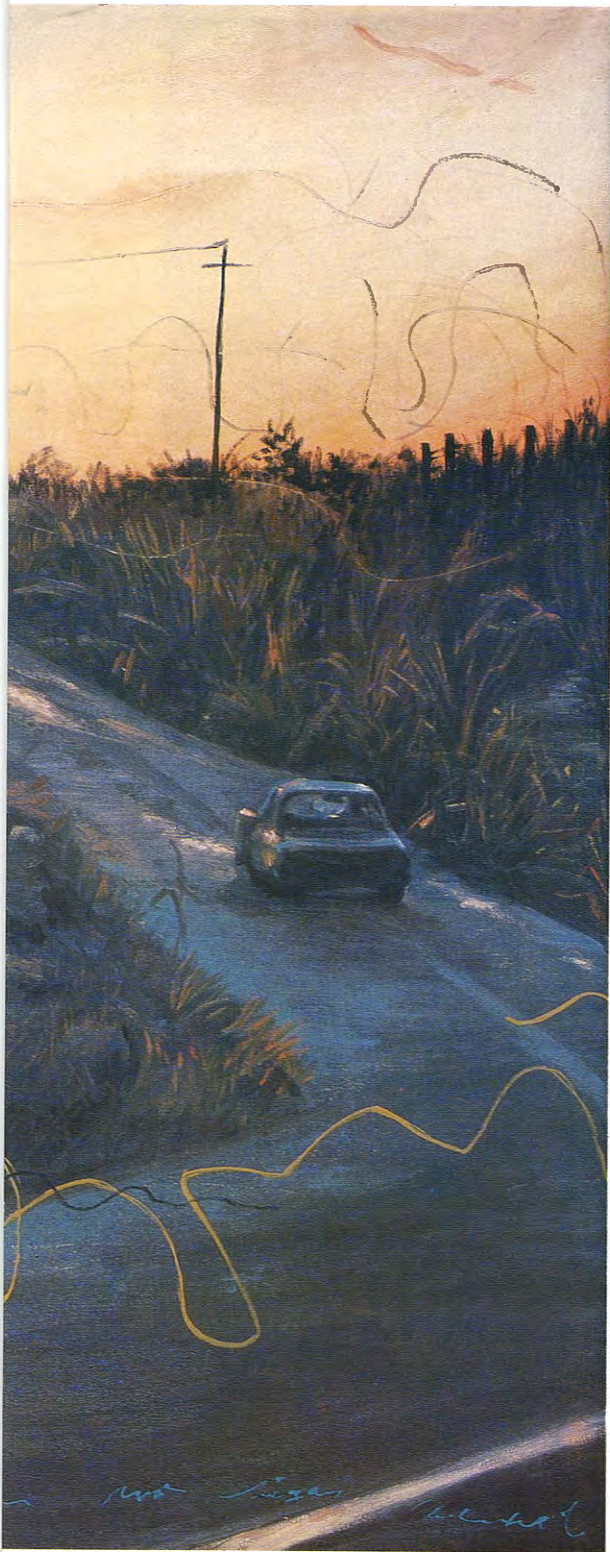
La exposición «Paisajes con alambres» compuesta por óleos, acrílicos y piezas de cerámica, es el trabajo más reciente de Salvador Rodríguez.

Seguidor de una fuerte tradición en nuestro medio: la figuración. Nace, vive y trabaja en Guadalajara, ciudad a la que retrata y a la que nos confronta; su obra, producto de la reflexión, nos lleva igualmente a ésta. De pronto vemos lo que no veíamos, reparamos en este espacio que habitamos y que construimos... ambiente de humo, penumbra, luces y colores matizados por la contaminación, olores



Paisaje con día
80 x 60 cm, acrílico/tela





No sigas la flecha. Tríptico
100 x 160 cm, óleo/tela



Cerro desde la casa de Ulises II
40 x 100 cm, acrílico/tela

que van cambiando según avanza el día, vistas atiborradas de elementos, todos formando parte, todos dándole forma a este espacio que vivimos y transitamos día con día.

El Cerro del Cuatro es uno de los personajes principales de esta historia cotidiana, una referencia obligada a través del tiempo y del espacio. Observado, retratado, desde diferentes ángulos y horas del día, mudo observador del crecimiento urbano.

Después de ver la obra de Salvador Rodríguez nuestra visión de la ciudad es otra.

José de Jesús Olivares R.



Chapultim. 135 x 69,5 cm, acrílico/seda



Cerro desde la azotea
60 x 80 cm, acrílico/tela

Aunque nunca vuelvas a Madrid

Carlos Vadillo Buenfil

—Arturo... papá no aguantó la operación... ha muerto...

Era la voz gangosa de mi hermano por teléfono, distorsionada aún más por la interferencia; otra vez ese tono que siempre me cayó en gracia, que era motivo de burlas en el pasado, y si no fuera por la gravedad de lo que comunicaba, lo hubiese embromado de nueva cuenta, pero en esos momentos sentí odiarlo: su voz parecía darme la noticia de la muerte de otro hombre, de un desconocido de la nota roja del periódico, y no de nuestro padre; así de ofensiva e impersonal me sonó su entonación.

Era de madrugada en Madrid, por eso el timbre del teléfono me produjo un respingo en mi cama. Me había metido horas antes, envuelto en la colcha, con un sueño profundo y pesado, arrullado por las ramas de los castaños que en el parque, debajo de mi piso, crujían hostigadas por el viento de otoño; quién sabe cuánto tiempo llevaba ya repique-teando el aparato, tal vez hasta me tardé demasiado en contestar. Ese maldito timbre suena a horas inoportunas y que de inmediato lo asociamos con los peores sucesos, porque nadie va hablarnos a esas horas para decirnos que nos quiere, que nos hemos ganado un viaje a Hawai, o que nuestro nombre ha sido elegido por la computadora de los sorteos.

—¿Estás ahí, Arturo?... ¿Por qué no contestas? ¿Estás borracho, drogado o qué...?

Carlos Vadillo Buenfil (Campeche, Camp., 1966) es autor del volumen de cuentos Donde se fragmenta el oleaje (Fondo Editorial Tierra Adentro, 1996) y del libro de ensayos La piel del mar, cuatro décadas de narrativa campechana, 1950-1989 (Universidad Autónoma de Campeche, 1999). En 2001 ganó el Premio Internacional de Cuento Max Aub, convocado por el Ayuntamiento de Segorbe, Valencia. Con «Aunque nunca vuelvas a Madrid» ganó el 1º Premio Nacional de Cuento Ramón Rubín 2001, con sede en Guadalajara, Jalisco.

—...No, nada, es que me quedé como ido... y mamá... ¿Cómo está?

—Cómo quieres que esté... imagínatelo... tú que estudias literatura y no puedes imaginártelo...

—...

—La cremación será mañana... ¿Qué vas a hacer?

—Esstee... iré para allá...

Al colgar reparé en mi última frase: dije que iría para allá, como si saliera a la calle y tomara un taxi o un autobús, como si México estuviera a seis cuadras o a ocho esquinas; estaba aturdido, en medio del comedor, con la mirada en el auricular bañado por la desgastada claridad que penetraba por las ventanas. Caminé hacia el baño y encendí la luz para observarme en el espejo; no sé para qué iría a mirarme, si sabía que a mis treinta y dos comenzaban a marcarse algunas arruguillas debajo de mis párpados; mecánicamente, después de lavarme la cara y como si no tuviese otra cosa mejor que hacer, me afané en lo que siempre me recomendaba Gloria que hiciese antes de dormirme, y que yo, por pereza o por falta de vanidad, nunca hacía: untarme el rostro con una crema humectante. Mientras me embadurnaba la frente, los pómulos, confirmé lo que todos me decían: me parecía mucho a mi padre, más que todos mis hermanos, una similitud *asombrosa*, adjetivo que Gloria aplicó cuando le presenté a mi padre a través de una foto familiar que yo había cargado en la maleta. Pero Gloria se había marchado justo ese mediodía hacia Santander, al curso de psicología educativa en el que se había inscrito. Lamentaba la ausencia de mi novia colombiana en Madrid, porque, al ser domingo, se hubiera quedado a dormir conmigo, como sucedía siempre, en esos dos meses que sumábamos juntos, y los dos hubiéramos afrontado mi recién estrenada orfandad. Imaginé la escena, que de cierta manera, como un tonto consuelo, me reconfortó: tumbados en la cama, desnudos, después de hacernos el amor, con las piernas estiradas, yo boca arriba, con el cuello reposado en su muslo, y ella, apoyada en la cabecera, acariciando mis cabellos, sin decirme nada, transmitiéndome su bálsamo a través de las yemas de los dedos. O por momentos, con su voz de soprano, canturreándome una de esas salsas

que se bailan por sus regiones, y que ella se sabía de memoria. Pero Gloria no estaba, y seguramente para esas horas ya estaría instalada en algún cuarto del *campus* de la «Menéndez Pelayo», descansando del viaje de cinco horas en autohús. Ya la hablaría mañana, pensé, para enterarla de mi súbita partida y pedirle que le explicara a mi casero, pues en unos días vendría por su renta.

Volví a fijarme en mi rostro, frente al espejo: lo había untado con demasiada crema, como si hubiera colocado una mascarilla de cera, de tan blancas, pegajosas e irreconocibles que tenía las facciones. Parecía un grotesco mimo. Con la toalla me deshice de los excesos y la aventé sobre el inodoro. De pronto me quedé con los brazos caídos, sin saber a qué más dedicarme. Inútil era echarme de nuevo a la cama, porque dormir no podría, tales eran los latidos descompasados en los pulsos de mis muñecas; para distraerme encendí el televisor del comedor y fui a mi cuarto por un cigarrillo, a la cocina por una cerveza; el programa de variedades que pasaba el único canal que transmitía a esas horas, se me figuró insufrible a los pocos minutos. Ni siquiera las tetas descubiertas de las bailarinas que amenizaban los concursos me sacaron del letargo en el que empezaba a descender. El *Ducado* y la *Mahou* me supieron bien, pero me revolvió inquieto en el asiento, como si me sudaran las posaderas; sentía también una comezón y un escalofrío que se trasladaban del espinazo hacia mis piernas, que amenazaban con entumecerse. Me levanté, retiré el seguro de las persianas, separé las dos hojas de madera en canalillos y abrí las ventanas de vidrio. Nadie circulaba por la calle ni por el parque, iluminados por unas farolas que despedían una luz amostazada; el único ruido, lleno de sugerencias, provenía del leve chasquido que producían las hojas al precipitarse desde las arbóreas alturas. Me sujeté del pretil y saqué la cabeza por el balcón para pegar un tremendo alarido, un grito que me sacudió de pies a cabeza, y que seguramente también estremeció a más de uno de mis vecinos de la plaza Olavide. Inhalé una bocanada de aire frío. Por toda respuesta una boca tosió en uno de los balcones cercanos al mío, y en otro, más lejano, sonaron unos carraspeos de alguien que

tenía problemas para expulsar unas flemas. Después de mi exabrupto me sentí más tranquilo, pero no como para permanecer en el piso, así que cerré las ventanas, recogí la chamarra y la cartera, y bajé con premura, de dos en dos, los chirriantes escalones del edificio: tal urgencia tenía por lanzarme a la calle, a la nocherniega marcha por los rumbos de las viejas calles que rodeaban la Puerta del Sol, donde siempre había gente y tascas abiertas.

En el cielo, como en un lienzo de tema apocalíptico, se entretejían por el frente lenguas de diversas tonalidades rojizas; tal era el horizonte incendiado de la calle por la que extraviaba. Por los costados, encima de los aleros de las construcciones, predominaba un gris metálico, con algunas rasgaduras de nubes que se dispersaban. El viento gélido me obligó a subir hasta el cuello el cierre de mi abrigo.

El termómetro instalado en una esquina céntrica, marcaba cinco grados de temperatura ambiental. Caminé con pasos rápidos para entrar en calor. Creo que hasta troté por en medio de la vía, que de eso ya ni me acuerdo. Tenía hambre, un hambre inusual en mí, acostumbrado ya, por cuestiones de economía, a no cenar más que fruta y yogur. Y ganas también de beber en las tabernas para ahogar en cerveza mi congoja: «bebo, luego tú ya no existes», me dije en el mostrador del primer bar que encontré abierto. Estaba repleto, «hasta la bandera», por lo que me posesioné de mi sitio a punta de codazos; me sentí mejor al encender otro pitillo, sumergido en ese pantano de voces y risas, de entretrechos de platos y tazas, de gestos y manoteos, y de vez en cuando me refocilaba mirándole el trasero a alguna chica de buen ver.



El centro de Madrid era una fiesta, a pesar de que ya era lunes.

Me bebí varias cañas a sorbos lentos, disfrutando la amargura helada de la bebida que inundaba mi garganta; ya no quedaba nada a qué hincarle el diente, ninguna tapa. Las horas habían arrasado con todo comestible. Me marché hacia la calle de La Cruz, a la búsqueda de un lugar que recordaba, en el que alguna vez había comido una tortilla española que me supo a gloria, valga la redundancia. El cafetín estaba casi vacío.

Cuando masticaba el último pedazo del bocadillo, vi por el espejo a la mu-

chacha. Se acercaba a las mesas, decía algo inaudible, estiraba un brazo, pero indistintamente los comensales negaban con la cabeza; un par de viejos que jugaban al dominó en un rincón la echaron con bruscos ademanes. Hasta que llegó a la barra, en el momento que me limpiaba la boca con una servilleta, pues ya había dado cuenta de la ración.

—Por favor, cinco duros para comer.

Al igual que yo, el hombre que estaba al mando del mostrador no había dejado de seguirla con la mirada, seguramente desde que entró, hasta que ya no pudo contenerse y estalló.

—¡Pero es que no puedes dejar en paz a los señores... búscate los cuartos por otro lado!

—Hombre, Paco, no te encabrites de esa manera que tú estás malo... anda chica, a buscarse la vida por otro lado—, intervino un viejecillo que tomaba café con leche, acodado en la esquina.

La chica dio la media vuelta, con el gesto amoscado, y cuando pasó junto a mí la llamé; la joven se detuvo.



ED

—Anda, pide algo que yo te invito.

La joven me miró incrédula, como si no hubiera escuchado nada, e hizo el intento de salir del lugar, pero la detuve del brazo.

—En serio, pide algo, no te dé pena.

—Bueno, gracias, majo.

Mientras ella elegía de entre la lista de viandas dibujadas en un tablero, frente a nuestras caras, pedí otra cerveza y de soslayo realicé una discreta inspección a la fisonomía de mi invitada, a la que calculé unos veinticinco añitos: tenía el cabello negro, corto un tanto disparejo de los lados, por donde se despeñaban unos pelos azules; en los párpados destacaban una ojeras como de varios días de no pegar un ojo, pensé; cuando miraba hacia su descolorida indumentaria de mezclilla, pantalón y chamarra, la chica ordenó una tortilla con chorizo y un chato de vino tinto. Ante la orden de la mujer, Paco me miró inquisidor, y yo asentí ratificando el pedido de la recién llegada.

—Hola, soy Inmaculada—, saludó, y me asestó dos besos, uno en cada mejilla.

—Pues yo soy yo y punto.

—Oye, tú eres...

—Mexicano... no te quiebres la cabeza... raro el acento, ¿no?

—Sí, un poco... pero es que sois tan simpáticos... sabes, hablan de una manera tan... melodiosa, no sé... como si cantaran siempre... a mí me parece agradable.

—A ustedes se les hará chistoso.

Inmaculada arrastraba las palabras al hablar, como si antes de expulsarlas, las catara dentro de su boca. Se desabotonó la chamarra, se trepó al banquillo y pude ver su camiseta negra, con el estampado de *Los ángeles del infierno* en el centro.

Pedí otra cerveza, para acompañar a mi nueva amiga, y callé, mientras Inmaculada bebía con avidez y devoraba a dos carrillos. Por momentos Paco nos echaba una ojeada y le hacía un mohín, como de disgusto, al viejo, que para no dormirse, tabaleaba sobre la madera de la barra.

—Anda, vámonos de aquí... las tortillas son estupendas, pero el tío que las hace tiene muy mala hostia, como te habrás enterado.

Estuve de acuerdo. Salimos a la bulliciosa calle.

—Jo, macho, que hay una marcha de puta madre... Mira, si te apetece damos una vuelta, y si te quedan pelas podemos tomar una cañita en cualquier bar, ¿vale?

«carajo menuda tía en la que me he fijado pinche suerte la mía qué buen lígüe éstas que pasan a mi lado están rebuenas y yo con semejante mamarachada ¡puta madre! y ésa que va ahí adelante uff qué meneo ahora aguanto vara por pendejo»

—Mira, mira, aquí hay una taberna en la que siempre hay algunos amigos; espérame aquí en la plaza, que yo iré a por unos porros, ¿vale?

—Sí, sí, aquí te espero mi reina—, y la vi partir mientras me atusaba los bigotes.

Y desapareció detrás de unos muchachos que estaban en la puerta del atestado bar. Crucé a la acera de enfrente.

—Pero Ignacio, aquí ni Dios entra, tío.

Y ahí estuve como quince minutos, con los brazos cruzados y apoyado en el capirote de un auto, con la boca reseca, mirando pasar a la romería de sedientos que deambulaban en busca de nuevos sitios para seguir bebiendo; era como estar en un tanguis, como el de los domingos en el Rastro. Durante mi estancia en Madrid no había visto jamás en la calle al río de gente que circulaba esa noche. Los coches transitaban a vuelta de rueda, frenando a cada momento por los que se atravesaban intempestivamente. Encendí un cigarro.

—Tío, me invitas a un tabaco... gracias... hasta luego.

Algunos bebían en las bancas de las plazas, como la que yo tenía a un lado. Una patrulla de policías circuló con lentitud, con las torretas encendidas.

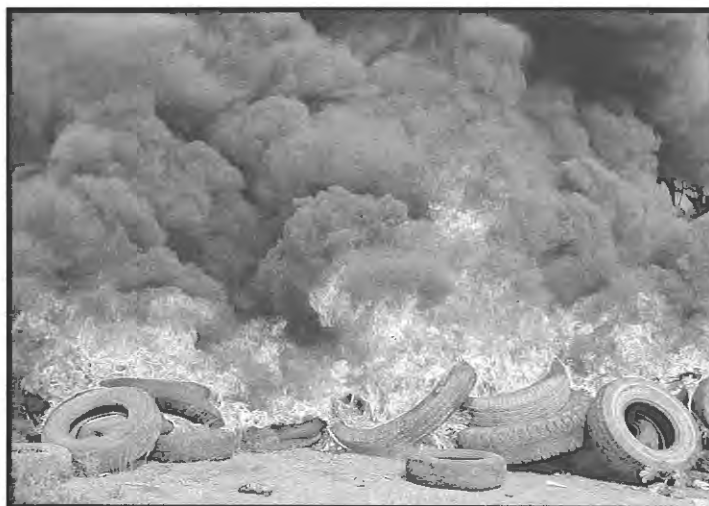
—Chocolate, chocolate...— ofrecía en voz baja, cautelosamente, un tipo con pinta de moro, con las manos ocultas en los bolsillos de la camisola.

Empezaba a impacientarme «tal vez sea mi última noche en Madrid y yo esperando a esta tía zorra que se la cojan por culo aquí me tiene hecho un pendejo soplapollas». Inmaculada pareció escuchar mis pensamientos, pues la vi salir del antro y levantó la cabeza para buscarme entre el tumulto; alcé la mano y se dirigió hacia mí, muy sonriente.

—Estamos de suerte, macho, que he conseguido unos buenos porros. Vámonos a fumar por alguna de estas callecitas.

Me tomó del brazo y partimos. Yo me dejaba guiar, no porque no conociese la zona, pues algunos fines de semana me los había pasado deambulando, de noche, por la parte vieja madrileña, sino porque a medida que caminaba me comenzó a invadir una laxitud en las piernas, a tal grado que ya no me importaba por dónde avanzábamos. Me sentía arrastrar por la muchacha. Ella encendió el cigarro y lo fuimos consumiendo, cada uno a su debido turno. Nos alejábamos, silenciosamente, de las escandalosas calzadas. Sentí relajarme aún más. Al doblar en una esquina nos azotó los rostros una tolvenera. Los repentinos giros de nuestras cabezas nos ocasionó un infantil festejo. A pesar de no hablar casi nada, junto a Inmaculada me entró la impresión de andar del brazo de una antigua conocida que me protegía, y aunque no fuera guapa ni estuviera presentable, sentí un inesperado orgullo de estar a su lado, aunque su cabeza me llegara a los hombros. Ella me miraba de vez en cuando, sobre todo cuando aspiraba del pitillo.

Creo que cerca del metro Noviciado nos detuvimos ante un callejón semioscuro, y sin ponernos de acuerdo, lo penetramos; de inmediato nos recibió el olor a meados; a lo largo de las aceras había material de construcción. Parecía un pasaje usado como escombrera y baño público. Ibamos a la mi-



ED

dad, cuando ella se detuvo; ahí se le ocurrió encender otro porro. Nos recargamos contra el muro.

—Cuéntame... ¿Y tú qué andas haciendo por España?—. Su voz se derramó en mis oídos, como a través de un tubo de desagüe.

Tras un breve silencio y sin contestar a su pregunta, solté, atropelladamente, la razón por la que andaba vagabundeando esa noche por ahí, le dije de mi urgente partida a México y le conté la necesidad que tenía de estar entre la gente para no sentirme solo, y de los deseos de tomarme todas las cervezas que me entraran por el cogote. Apenas le distinguía el rostro, emparedados como estábamos entre esos descascarados muros, pero yo sabía que, a medida que me escuchaba, Inmaculada empezó a mirarme de otro modo, como maternal, como se mira a un chiquillo que ha hecho algo malo, pero al que se le está dispuesto a perdonar la falta. Me pasó el cigarro. Aspiré profundo, con los deseos de que el humo inundara mis pulmones y se esparciera por los vericuetos de mis entrañas. Pretendí devolvérselo, pero ella insistió para que siguiera fumando.

—Anda, majo, esto te hará sentir un poco más tranquilo.

Volví a fumar hondo, produciendo una ruidosa aspirada con los labios y mi saliva. Reclinado en la pared, alcé la cabeza para mirar al cielo que se aclaraba por algunas partes. Inmaculada retiró el cigarro de mis dedos. En el fulgor brillaron sus pupilas.

«para qué partir si ya nada importa si ahí sólo me esperan dentro de la urna unas pavesas sin voz un rescoldo sin aliento unos ojos de carbón unas palpitaciones de vapor unas miradas de ceniza»

Una colilla describió una parábola en el aire y se fue a estrellar contra un montículo de grava. Alumbró su última señal de vida y se evaporó en una columna de humo.

«como un cigarro también se volvió humareda como un tabaco se consumió en una bocanada como un porro su cuerpo será una porción de hollín que ocupará su espacio en el mundo»

Inmaculada dijo algo ininteligible. No me preocupé por averiguar su significado. Ni siquiera la miraba, me reconfortaba oír la respirar a mi lado. Me interesé más por la estrella que acababa de descubrir, en aquella porción de cielo que parecía venirnos encima. Ella se despegó de la pared y se puso frente a mí: «—¿Qué miras, guapo?»; sentí sus manos tibias que sujetaron mi cuello. Ladeó su cara y me atrajo hacia ella; sus labios apenas rozaron los míos, que se humedecieron con unos besos calmos, unos besos cargados de su hálito agrio que se me impregnó en el paladar. Sentí la sangre agolparse bajo mi piel, como si pugnara por reventar las venas y salir en búsqueda de su liberación; mis dientes buscaron sus labios inferiores para mordisquearlos con saña, y mis manos la atezaron por la cintura, apretándola febrilmente contra mi cuerpo, cortándole el resuello. Ella emitió un leve gemido y en mi boca sentí el sabor de la sangre caliente: la había rasgado con mis dientes, pero excitado por esta nueva sensación gustativa, la despojé de la chamarra, levanté su playera y de un movimiento rompí el seguro de su sostén. Ella luchaba tímidamente por apartarse, alarmada por mi reacción.

—¡Vámonos de aquí, marchémonos para mi piso... es aquí cerca!... —le ordené con rabia, agitado, mientras separaba mis manos de su cuerpo. Me habían entrado náuseas al imaginarme rodar semidesnudo entre todos esos desperdicios materiales y humanos. Recogí la chamarra del suelo, se la coloqué en la espalda y sin darle tiempo de cuestionar el mandato, la tomé de la muñeca y la arrastré hacia la salida de la callejuela. Corrimos entre los



ED

caminantes, como si nos fueran persiguiendo, tropezábamos con ellos y nos insultaban a nuestras espaldas. La apreté con fuerza, con furia, creo que hasta la magullaba, porque sentía flácida su carne debajo de mis dedos, tal era el temor de que al doblar en una esquina se me disolviera en el vacío. Inmaculada hacía el intento de detenerse y aspirar un momento, de decirme algo, pero nada le salía, y de inmediato la volvía a jalar para que siguiéramos con nuestra loca carrera. Pasábamos entre los coches que nos pitaban, a punto de atropellarnos, pero nada me importaba. Sólo quería llegar a mi cama para desnudar y poseer con violencia a Inmaculada, porque sentía un raro furor, una exasperación que me ulceraba las vísceras, unos deseos de fundirme en sus carnes, de calcinarme entre su sexo, de volver a nacer entre su vagina. Las facciones de mi cara iban contraídas por unas punzadas dolorosas que se dejaron sentir en mi pecho, y porque iban llorando, pero nadie se dio cuenta, no sólo por la prisa con la que transitábamos, sino

porque me pasaba la manga de mi chaqueta por los pómulos, para secar las lágrimas. Al fin nos encontramos en la esquina de mi calle y así se lo hice saber a mi cautiva. Apoyado en sus cuartos traseros, vimos a un perro de abundante pelaje que defecaba junto al contenedor de basura de uno de los portales de la calle.

Ambos comenzamos a toser, pero ninguno de los dos rió. La sujeté del hombro, y anduvimos tambaleándonos como borrachos. Señalé mi resplandeciente ventana, pues había olvidado apagar la luz, en el segundo piso. Tenía yo la frente sudada, por lo que también la limpié con mi chaqueta. En el portal del edificio ella se desasí de mi abrazo. Intenté besarla, pero apartó la cara. Todavía hacía esfuerzos por respirar. Advertí un punto de sangre en su morro inferior, y ella, temblorosa, se abotonó el chaquetón y de su interior sacó un pañuelillo blanco con que se limpió la boca. Lo miró con gesto perplejo.

—Sabes, majo, dejémoslo aquí... no te encabrites pero hasta aquí hemos llegado... tengo que marcharme...

Como si no hubiera dicho nada, busqué la llave y la introduje en la cerradura. Abrí el portón.

—¡Que no, que no... te he dicho que no!—, grito como una histérica, y la sujeté del brazo.

—Inmaculada, déjate de gilipolleces y entremos de una chingada vez, coño.

—Te he dicho que no... que yo me marchó... ¿no lo entiendes?... suéltame... ni siquiera sé tu nombre y me has hechos daño...—, tartajeó, ya un poco más calmada, pero volví a arrastrarla para introducirla en el portal, pero ella oponía resistencia, tirando para atrás sus piernas y doblando el cuerpo. Tenía cara de borracha y no podía estar derecha. En la última ventana del edificio de enfrente se encendió una luz; la claridad traspasó los visillos. Impulsada por un repentino viento, la puerta se cerró a mis espaldas. El perro pegó un brinco, un ladrido, y se fue husmeando por los otros botes de basura que estaban en las aceras. Seguramente desde la esquina de la calle lo vieron todo, «lo que me faltaba», porque la patrulla, con sus faros apagados se acercó hasta mi portón; los dos ocupantes nos miraron; descendieron.

—¿Qué está pasando aquí?... y a ti, ¿por qué te estaba metiendo a la fuerza el señor?

Inmaculada se echó a llorar apoyándose en el hombro de un policía. «pinche actriz de pacotilla». El otro se acercó, ordenó con voz autoritaria que me diera la media vuelta y me esposó. Me registró los bolsillos del pantalón y la chamarra.

—No pasa nada oficial, mi novia que no quería entrar conmigo... se ha pasado un poco, eso es todo, no pasa nada...

—Señor, que no pasa nada, que nada más están escandalizando a horas impropias... Se han quejado los vecinos y los vamos a llevar a Comisaría. Muéstreme su carnet—. Con una gesticulación indiqué que lo cargaba en la cartera, en el bolsillo de atrás de mi pantalón. El hombre metió mano y la extrajo. Revolvió entre sus secciones: estudió mi pasaporte, mi carnet de estudiante de Filología Hispánica en la Complutense.

Me volví y miré a Inmaculada dentro del carro, en el asiento trasero. Me pareció más calmada porque hablaba con el que conducía, también dentro del coche, moviendo las manos pausadamente, de un lado a otro. A la distancia me parecía intensamente pálida, como una muñeca descolorida, de esas que han dejado abandonadas a la intemperie. A una seña de su pareja, el que me custodiaba se acercó al vehículo, dejándome ahí parado, bajo el portal, y llevándose mis documentos. Los grilletes me apretaban las muñecas y sentía el frío metal que rasgaba mi piel. Apagaron la luz del piso de enfrente, pero yo adivinaba a más de una cabeza huroneando hacia la vía pública. Entonces sentí la helidez que me traspasaba hasta los huesos. Mis dientes entrechocaban, como castañuelas. Una parte del cielo se tintaba de un azul añil. Me sentía un imbécil ante la absurda escena, con ganas de abrir la puerta, pues las llaves colgaban de la cerradura, y meterme, escaleras arriba. El policía, inclinado hacia el interior del auto, seguía en la conferencia. Yo no alcanzaba a escuchar nada, sólo el murmullo. Un par de jóvenes, borrachos y con los pelos pintarrajeados de color naranja, pasaron en la acera opuesta, cantando en un idioma que yo desconocía. El perro empezó a ladrarles. Abrazados, se de-

tuvieron a contemplarnos, y luego emprendieron la bamboleante marcha. El animal se fue tras ellos. Al fin el guardia se volvió y vino hacia mí. Hizo una seña para que me diera de nuevo la vuelta. Me quitó las esposas.

—Métete a dormir, tío... pronto va a amanecer...—, y me dejó en la mano mis identificaciones.

—Gracias... es buen consejo—, contesté con un dejo irónico.

Desde la ventanilla Inmaculada me lanzó un beso que rechacé con un ademán de la mano. El auto arrancó y los tres se fueron.

Yo me introduje al edificio, dando tras de mí un portazo «zorra de mierda». Tenía un par de horas para empacar mis cosas, pero antes tomé una ducha con agua tibia.

El sabor a metal estaba instalado en mi lengua, recorriéndome los dientes, las muelas, y tenía una sed que no se me apaciguó ni con el medio litro de agua que bebí. Del armario saqué todo el dinero que me quedaba y lo extendí sobre la cama. Tendría que cambiar algunos dólares para completar el precio del billete de avión. Éstas y otras reflexiones me ocupaban cuando oí un leve, pero insistente golpeteo en el balcón.

Eran piedrecitas sobre mi ventana. Limpié con la mano el vaho del vidrio eupañado y me asomé sin abrir. Era Inmaculada, parada en medio del arroyo, con el cuello estirado y los ojos apuntando hacia mi balcón. Vista desde arriba parecía desvalida, disminuida en su tamaño, como si la hubieran reducido. Su voz lerda y chillona rebotó en el vidrio, amplificándose hacia dentro de la estancia.

—¡Joder, macho, ábreme esta puta puerta que quiero estar contigo... anda, joder, que me abras y



deja de contemplarme como un pelma!

Al verme tan impasible se desesperó, pues tomó una piedra grande e hizo el ademán de lanzarla hacia la ventana, pero sólo fue el intento, ya que ante mi inmovilidad, ante mis brazos cruzados, la arrojó contra un muro. A la luz de la farola encendida de la calle contemplé una gasa de neblina que bajaba hacia ella, envolviéndola.

—Está bien, Arturo, vale, porque ya sé tu nombre, pero cuando regreses búscame siempre entre las plazas, entre las callejuelas, entre los bares, entre el humo de los porros, que ahí estaré... búscame, que

siempre tendré ganas de estar contigo... búscame, aún en tus sueños, en tus besos de sangre bañados de rocío, en tus manoseos cubiertos de caligine, búscame, aunque nunca vuelvas a Madrid.

Así la dejé marchar. Se fue alejando, con las manos entrelazadas, volviendo la vista, de tramo en tramo, hacia el balcón, oscilando como una barquilla en el mar, farfullando otras frases, desarticulando otras incoherencias. Desapareció de mi vista y de mi existencia.

Yo no sabía si regresaría a Madrid; de lo que en verdad tenía ganas era de clausurar el último cerrojo de mis maletas, de guardarme el dinero en las bolsas de las ropas, y de salir a la otoñal mañana para comprarme, en una agencia, el boleto más próximo hacia México, y en la librería, el volumen de Jorge Manrique; quería releerlos durante el viaje.

Más lo primero que hice cuando la luz matinal se proyectó en mis gafas oscuras, fue encauzar mi vida hacia el Pasaje de San Ginés: quería tomarme un chocolate con churros en compañía de los noctámbulos que todavía quedaban de pie en la ciudad.

Poemas

Rosalva García Coral

Antes del porvenir

Lo que el día contiene:
iridiscencia.

Oscuridad roída
por la misma oscuridad.

Tu voluntad palidece
con el crepúsculo.

Pesada
como los días de la tierra.

Como el sabor de la muerte,
como el miedo.

La noche
no escucha.
Lo que se dice
es ya
la noche.

Rosalva García Coral (Guadalajara, Jalisco, 1970) ha participado en los talleres de Raúl Bañuelos y León Plascencia Ñol. Los poemas aquí publicados forman parte del libro Arriba es polvo (Filo de caballos, Guadalajara, Jal., 2001).

Oscurece tus pasos.
Moja los pastos
con tu sí:

En el aire
azul vuelan tus días
como palomas
en parvadas que se pierden.

O caen:

Heridas de amor
o de discordia.

Los oyes
en tus manos
latir.

Miro mi cuerpo:
Ardiente corazón de la tarde,
deviene lentamente hacia el polvo.

Disuelve
luz de sol esa alegría
tejida por sus manos y su sexo,
a mi sexo, a mi cadera y mi espalda.

Permanezca
en el corazón: silencio,
vacío,
nada.

Tres poemas no coleccionados del padre Alfredo R. Placencia

Luis Alberto Navarro

1 Sobre el padre Placencia se ha especulado mucho, inventos de la gente que lo conoció y construyó su propia historia sobre el sacerdote poeta, ofreciendo datos incorrectos. Que era alcohólico, por ejemplo. O que fue su madre quien se volvió alcohólica al quedar viuda. Lo que sin duda fue cierto, es que su vida estuvo llena de toda suerte de peripecias. *El libro de Dios*, uno de los tres libros que en vida publicó con su propio dinero, fue editado —al igual que los dos restantes— en Barcelona, en 1924, en la Imprenta de Eugenio Zubirana, con sólo algunos meses de diferencia de *El paso del dolor* y *Del cuartel y del claustro*. La publicación de uno de estos títulos coincide con su destierro; retirado su nombramiento de Cura, ejercía un modesto presbiterio en Long Beach, Filmore y Santa Paula, California. Todavía resulta un enigma su degradación religiosa, pero no es difícil colegir que fuera por algunas de estas causas: en Temacapulín (1910-1912) tuvo relaciones amorosas con Mercedes Martínez; quizás porque en Jamay (1914) tuvo algunos encuentros a cachazos de pistola y de donde salió sin la orden superior de traslado o porque en 1920 deja Tonalá precipitadamente. Allí procreó un hijo con Josefina Cortés, llamado Jaime. Asimismo huyó a Atoyac vestido de mujer, pues tuvo violentos altercados con agraristas.

El libro de Dios —con prólogo del poeta Alfonso Junco—, en donde Placencia se enfrenta a Dios virilmente, con tal fuerza y dignidad —que lo hacen más pequeño, «más gusano»— es su libro más conocido y donde asistimos a la presentación pública de un sacerdote que no logra convencerse de su investidura, ni de su *profesión de fe*, pero también estamos frente al hombre que sufre «sobre la tierra / dando tiempo a tu amor de que me enferme». Su lenguaje —lo ha visto con certeza Ernesto Flores— es fuerte y sin concesiones, pero da paso a una ternura profunda: «el enfrentamiento áspero, conmovido por la lengua de fuego, lo hace uno de nuestros poetas más interesantes.» Más interesante tanto por su poesía como por su vida, que transcurrió en los pueblos más míseros y escondidos de Jalisco.

Falta todavía que su poesía reunida —la dispersa y la coleccionada— se concentren en una edición crítica, pues su alumno, el licenciado Luis Vázquez Correa, reunió en 1959 el tomo *Alfredo R. Placencia —Poesía—*, editado por la Casa de la Cultura Jalisciense, que compren-

Luis Alberto Navarro (*Guadalajara, Jal.*, 1958) es autor de los libros de poemas *Teatro nocturno* (UNAM, 2000) y *Monzón en llamas* (Conaculta, 2000).

de *El libro de Dios*, *El paso del dolor* y *Del cuartel y del claustro*, así como los poemas —algunos inéditos— de los libros *El vino de las cumbres*, *La franca inmensidad*, *El Padre Luis*, *Varones claros*, *Tumbas y estrellas* y *La oración de la Patria*, sin prólogo o estudio, ni notas de las variantes de los poemas —que son muchas en sus primeras versiones y que, supongo, Vázquez Correa conoció—. Por ejemplo, no anota que en *La oración de la Patria* el poema «Los amores que gritan: himno obrero» fue un texto que Placencia mandó a la Confederación Nacional Católica de los Trabajadores para el concurso de letra para el Himno Nacional Obrero, con el pseudónimo de *Agabus*, y que obtuvo el segundo lugar (periódico *La Época*, Guadalajara, 22/III/1925).

2. Los tres poemas que se recogen son interesantes porque los dos primeros son los más antiguos que se le conocen y escribe nuestro autor siendo estudiante, quizás también sean los primeros que publica. «Gethsemani», aparece en marzo de 1894 en el periódico *La Linterna de Diógenes* (años después le platicaría Placencia al poeta Alfonso Gutiérrez Hermosillo: «El mejor periódico era *La Linterna de Diógenes* que me gustaba vender en el jardín del Carmen, donde había serenata los jueves al caer el sol»). El segundo, «Yo te saludo», lo leyó Placencia —ya comenzaba a ser conocido como poeta— el 18 de octubre de 1898 en la inauguración del nuevo edificio del seminario, ubicado al costado oriente del templo de San José de Gracia, a media cuadra de la avenida Alcalde y por la calle de Reforma, gracias a la munificencia de la Asociación Josefina y las gestiones del rector Pedro Romero. Ante el arzobispo Pedro Loza y Pardavé, Placencia le dirigió las últimas estrofas: «Ya se apaga en el mar en que navegas / la luz del sol que ensangrentado brilla... / ya el timón va a romperse muy en breve, / y tu frágil barquilla / descansará mañana hecha pedazos / en las blancas arenas de la orilla. / Pero antes que te alejes, antes que el alma en la tristeza boque, / antes que solo tu rebaño dejes / y en él su mar de lágrimas se ahogue; / antes que llegue la orfandad amarga / y

entenebrezca la pupila el llanto, / bendice el nuevo asilo, / ¡preclaro sucesor de Pedro el Santo!»

El tercer poema, «La felicidad», fechado en Temaca en 1912 pareciera ser de un poeta distinto, pero no distante, ya que si bien es cierto, los dos primeros poemas separan a éste 18 y 14 años respectivamente, en «La felicidad», Placencia la cuestiona de una manera más filosófica que religiosa, más terrenal que divina, aún con esta paradoja: «¡Felicidad! Sueño vano / de un bien que no está en la tierra, / ansia que impaciente encierra / triste el corazón humano... / mezcla de bien y de mal...».

3. La obra del padre Alfredo R. Placencia nació incendiada. Y se fue haciendo cada día más lumbre, hasta que tuvo que intervenir la mano, ya no de Dios, sino de un emisario de él, pero que no entendió ni el mensaje ni al poeta —el obispo Francisco Orozco y Jiménez, el «Chamula»— y sus poemas inéditos fueron incinerados. Otra vez, si no el mito, ¿la desorientación? Se quemaron en catedral... en el santuario... no, en San José de Gracia (cero a Placencia y Agustín Yáñez).

En 1983 conversé largamente durante varios días con el viejo sacerdote del Santuario —amante de la poesía y conocedor de la de Placencia— y a mis preguntas sobre el lugar donde se hizo la quema *inquisitorial*, sólo la sonrisa apenas dibujada como mueca me decía que aquí, y luego sus ojos achicados, redondeados por su cara rozagante, rolliza de los hombres de la región de Los Altos de Jalisco, me decían que *allá*, mirando hacia el sur de la avenida Alcalde: ¿Catedral o San José de Gracia? Como quiera que sea, la máxima de Rubén Darío «la fama no prefiere a los católicos», no se cumplió: «por mí que no haya nunca ni puertas ni ventanas / que me brinden mercedes y me den galardones. / Yo tengo con mi mundo de luz y de visiones/que escondo bajo el pardo rescoldo de mis canas». Bien por nosotros.

Placencia, sin quererlo, sin adivinarlo apenas, supo que su lucha era divina, como toda lucha poética lo es.

Gethsemani

A la memoria de mi protector el Sr. D. Pedro Pais

Era una noche silenciosa y triste
de esas noches de marzo; el vasto cielo
de luto estaba, aunque era su ropaje
limpio y azul, ornado con luceros.

Trémulas ¡ay! brillaban las estrellas
y lanzaban sus débiles reflejos,
cual moribundas, fúnebres antorchas
que alumbran los sepulcros de los muertos.

Todo estaba en quietud; sólo se oía
de cuando en cuando el susurrar del viento
que agitaba la copa de la palma
y el ramaje flexible del abeto,

semejante al arrullo levantada
por las aguas de limpios arroyuelos,
que se deslizaban sobre arenas de oro,
cercada de albos tules y de berros.

Aquí, en la quebradura de una piedra,
se albergaba pacífico el insecto:
y entre los limoneros, las palomas
se adormecían en tranquilo sueño.

Todas las cosas provocaban llanto.
porque todo inspiraba desconsuelo;
aún las mismas regiones estelares
parece que ocultaban un secreto.

La luna en otros días más risueña,
cual si tuviera algún presentimiento,
las diáfanas techumbres celestiales
iba pálida y triste recorriendo.

Y desde allá sus rayos moribundos
se destacaban ¡ay! amarillentos
sobre los altos cedros mecedores
y las palmas flotantes del desierto.

Tal era el cuadro misterioso y grave

que ostentaba en su faz el universo:
¿sabéis por qué? Mirad lo que pasaba
de los olivos en el triste huerto...

Agobiado de penas y de angustias
El Mártir del Amor, El Hijo Eterno,
lloraba allí la ingratitud horrenda
y la negra maldad del mundo entero.

Abandonado y solo se quejaba;
y al oírse sus lúgubres lamentos,
bajaba su semblante hasta la tierra,
como lirio azotado por el cierzo.

¡Oh, cuánta humillación! Él es el Fuerte;
pero más obediente que el cordero.
A la voz de su padre vino al mundo
a cumplir sus altísimos decretos.

Era preciso que su sangre augusta
se derramara en el Humano Género,
para borrar de su mancebada frente
el anatema que llevaba impreso.

Empero de terror estremecíase,
y llena el alma de dolor acervo
al pensar en la muerte y sus horrores
y en el áspero Gólgota sangriento,

levantaba su rostro de la tierra;
y alzando al cielo su mirar inquieto,
entrelazadas sus divinas manos
y un tanto separadas de su pecho,

para implorar el celestial auxilio
así exclamaba con acento trémulo:
“Padre aleja de mí, si es de tu agrado,
este cáliz de amargos sufrimientos...”

El Padre entonces, lleno de ternura
al escuchar su fervoroso ruego,
y al verle suplicante y abatido,
alzó su voz, potente como el trueno,

y decretó que un Ángel descendiera
a confortarle en su dolor extremo.

el Nuncio luego al páramo terrestre
bajó rompiendo los azules velos;

y al ver de tal manera acongojado
y sumido en tan negro abatimiento
a Aquél, que sólo con fijar sus ojos
hace que ardan los montes y el Averno

horrorizado breme y se estremezca
y choquen entre sí, con rudo estruendo,
las altas ondas de los vastos mares,
el pesar anubló su rostro espléndido,

e inclinando sumiso su alba frente,
hasta pegarla en el desnudo suelo,
depuso allí su angélica grandeza
para adorarle respetuoso y bueno;

después lo levantó con brazo amigo
y lo exhortó a la muerte, afable y tierno;
y como viera su misión cumplida,
abrió sus alas y volvióse al cielo.

Quedóse el Huerto al parecer más triste;
y lo llenaba sepulcral silencio
que alguna vez interrumpir solía
de la paloma el súbito aleteo.

Entonces se aumentaron sus congojas,
y creció más y más su desconsuelo.
Y tornaba sus ojos a la altura
buscando aún a su aflicción remedio...

A los pocos momentos escuchóse
el ruido de las lanzas, no muy lejos,
y el rumor de la gente que iracunda
como si fuera delincuente reo

sedienta de mancharse con su sangre,
lo iba buscando para hacerlo preso.
Entonces a esperar al enemigo
levantóse el Purísimo Maestro,

y dando una mirada de ternura
al malvado discípulo perverso,
sintió brotar el llanto de sus ojos

y honda tristeza desgarrar su pecho,

porque veía, amable y compasivo,
que a pesar de su muerte y sus tormentos,
obstinado y rebelde sufriría,
mientras Dios fue a Dios, entre los réprobos.

*La Linterna de Diógenes, Semanario Católico, Año VII, Núm. 317, marzo
de 1894, Guadalajara, Jalisco.*

Yo te saludo

*Versos leídos por su autor en la solemne bendición del Seminario del
Señor San José*

Testimonio de gratitud y filial adhesión a mi anciano Prelado el
Illmo. y Rmo. Sr. Arzobispo Dr. D. Pedro Loza.

No eres hoy el hogar pobre y sencillo,
no eres la Madre pálida y llorosa;
fuiste ayer, es verdad, un gusanillo,
más ¿qué importa si hoy eres mariposa...?

Presto vendrán los rayos de la luna
en las noches azules y serenas
a verter como lluvia de diamantes
sus átomos de luz en tus almenas.

Ya vendrán a colgar aquí su nido
las tiernas golondrinas
ya escucharás sus débiles gorgoros
al morir de las auras vespertinas.

Para verte abrazado con tus hijos
pronto vendrá la luz de las mañanas
penetrando al través de los cristales
de tus nuevas y artísticas ventanas.

Ya se abrirán magnolias y camelias
en el jardín de enfrente,
y de su cáliz se alzarán aromas
que purifiquen más tu dulce ambiente.

Ya de la torre bajarán palomas,
y vendrán por la tarde a tus cornizas,
a gozar de la luz y los perfumes
que flotan en las alas de las brizas.

No tardará la inspiración inquieta
en venir a batir sus alas de oro
tras la frente ardorosa del poeta.
Engendrará los cantos,
y la estrofa guerrera y prepotente,
y la sentida y sollozante nota
querrán que el corazón las ensangrienta;
y con perlas aún de roja espuma,
brotarán a la pluma desde el alma,
y a tu luz brotarán desde la pluma.

Ya sonará mañana en tu techumbre
de San Juan "Boca de Oro" el dulce idioma,
y escucharán tus hijos que hoy nacieron
la excelsa lengua de la heroica Roma.
ya sonará la voz del grande Aquino,
ya verás cómo brotan enseñanzas
de la pluma del Padre Zeferino.

Ya sentirás la voz débil y enferma
del Padre S. Lígorio,
y bañarán con lágrimas tus muros
las notas inmortales de Gregorio.

En las noches heladas de Diciembre,
a la luz palpitante de los cirios,
ya verás levantarse pura y blanca
a la Virgen más casta que los lirios;
y después la verás Reina y Señora,
santificando con su planta augusta
de México la enseña triunfadora.

Ya verás el altar ensangrentarse
con la Sangre del Mártir del Calvario,

y de tus hijos la oración alzarse
con el blanco humear del incensario.

Ya verás... más ¿qué intento...?
¿Se arrancará del labio la palabra
cuando atónito calla el pensamiento...?
Aquí a tu dulce y apacible sombra
laureles crecerán para el talento;
de aquí saldrán guerreros a la liza,
que luchen por la Iglesia que padece
y salven a la Patria que agoniza.

En ti derramará sus bendiciones
la Augusta Providencia,
y quince o tal vez más generaciones,
al encontrar en ti virtud y ciencia,
hallarán a la vez madre y escudo...
¡Salve...risueño hogar... yo te saludo...!

¡Que el Señor te bendiga! Y entre tanto
forma tus sabios y a la par Vicentes:
será la tierra sumergida en llanto
y falta pan a muchos indigentes.

Yo que tal vez muy pronto me separa
de tu seno tranquilo que me abriga,
rogaré a tu Pastor que tanto te ama,
que levante su mano y te bendiga.

Pobre Pastor que tomas tu cayado
que de tu cielo y de tu hogar te alejas
y que vienes siguiendo a tus ovejas,
aunque te ves enfermo u fatigado.
ya se extingue la luz de tu pupila,
ya en tu pecho cansado
muy lentamente el corazón oscila.

Ya va el Señor a señalar la tumba
en que mañana duermas y descanses;
ya tiene el corazón llanto que brote
cuando a la obscura Eternidad te lances.

Ya se apaga en el mar en que navegas
la luz del sol que ensangrentado brilla...
ya el timón va a romperse muy en breve,

y tu frágil barquilla
descansará mañana hecha pedazos
en las blancas arenas de la orilla.

Pero antes que te alejes,
antes que el alma en la tristeza bogue,
antes que solo tu rebaño dejes
y en él su mar de lágrimas se ahogue;
antes que llegue la orfandad amarga
y entenebrezca la pupila el llanto,
bendice el nuevo asilo,
¡preclaro sucesor de Pedro el Santo!

Octubre 17 de 1898 —Seminario Conciliar de Guadalajara—. Publicado en el Séptimo y último informe que el Dr. José Homobono Anaya, como Rector del Seminario Conciliar de esta Ciudad, rinde sobre el estado de este establecimiento. Tip. Católica de A. Zavala y Comp.-Placeres, 68. Guadalajara, 1898.

La felicidad

Sueño que mi alma fatiga,
luz que ante mí se derrama,
voz que impaciente me llama,
ansia que a vivir me obliga;
felicidad que me hostiga,
que en pos de mí siempre va,
que a un mismo tiempo le da
luz y sombra a mi deseo...
yo en todas partes la veo,
y en ninguna parte está.

Vagamente dibujada
la encuentra el alma indecisa
en el bien de una sombra,
en la luz de una mirada,
en toda dicha esperada,
en la que pasó importuna,
en la gloria, en la fortuna,
en lo cierto, en lo imposible...
en todas partes visible,
y no se alcanza en ninguna.

Nube azul, blanca y ligera
que los sentidos engaña,
y tras de cada montaña
parece que nos espera:
en impetuosa carrera
el hombre a cogerla va,
llega... se fue... síguela...
piensa asirla a cada instante...
la nube siempre delante,
pero siempre más allá.

Tras de la sombra mentida
que finge tu afán profundo,
buscándola por el mundo
vas consumiendo tu vida:
sombra alcanzada o perdida
en donde quiera que estés
por todas partes la ves...
¡mas, ay, infeliz de ti!
Si llegas ya no está allí,
si la alcanzas, ya no es.

¡Felicidad! Nombre vano
de un bien que no está en la tierra,
ansia que impaciente encierra
triste el corazón humano;
luz de misterioso arcano,
vága sombra celestial,
mezcla de bien y de mal,
tú eres en mi corazón
la eterna revelación
de mi espíritu inmortal.

Temaca, Jal., 1912

Revista Pluma y Lápiz «El periódico del hogar», Año I, No. 18; Edición del periódico católico El Regional, Editor y Director Lic. Eduardo J. Correa.

La intertextualidad en *Si una noche de invierno un viajero*, de Ítalo Calvino

Raúl Aceves

Los nombres de Dulce María Zúñiga e Italo Calvino desde hace bastantes años se asocian en mi memoria de manera clara y natural, como si se tratara de un matrimonio literario que hasta el momento ha producido tres hijos, llamados: *Intertextos*; *Calvino / Borges / Fuentes* (1989), *La novela infinita de Ítalo Calvino* (1991) y el más reciente, *La intertextualidad en Si una noche de invierno un viajero*, de Ítalo Calvino (2001).

Este libro es una relectura de la novela calviniana favorita de la Dra. Zúñiga, la más ambiciosa, propositiva y polivalente de sus novelas. Para ello eligió como guía el concepto bajtiniano de la *intertextualidad*, que alude a textos que son reescritura de textos precedentes, cuya paternidad es reconocida y al mismo tiempo superada, ya que sólo sirve de pretexto o contexto para una nueva creación. Otro maestro de la intertextualidad, Jorge Luis Borges, hizo de ella una de sus principales técnicas narrativas. La literatura es, como dice Blanca Estela Ruiz en su presentación, "un magno compendio de voces", y yo añadiría: de voces que producen ecos, que al ser reconoci-

dos se convierten en nuevas voces, y así hasta el infinito.

En esta novela intertextual Calvino recoge los ecos de las voces que resuenan con mayor fuerza dentro de su mente, para transformarlos en nuevas voces que reinician el ciclo. Algunas de esas voces, identificadas por la Dra. Zúñiga, son las de Rulfo, Borges, Cortázar, García Márquez, Tanizaki, Orwell, Nabokov, Mann, Sartre, la novela policiaca... Llámense influencias, vínculos, parentescos, correspondencias, correlaciones o intertextos, la conclusión es la misma: todos los libros son ecos de otros libros anteriores o posteriores y forman parte del gran libro colectivo que está escribiéndose desde la invención de la escritura, ecos de ecos hasta llegar a las primeras voces, las únicas realmente primordiales. Esta idea nos remite naturalmente a Borges, quien le sacó magnífico provecho, y a Umberto, precisamente de apellido Eco, quien imaginó el misterio en forma de torre y biblioteca octagonal dirigida por un ciego llamado Jorge.

Calvino, de manera consciente, construye un espacio donde puedan concurrir y actuar sus ecos favoritos, reflejarse mutua-



mente en su laberinto de espejos y producir algo que, por no haber otro nombre mejor, llamamos *novela*. A Calvino —dice el crítico Pietro Citati— «le gusta el relato intrincado, múltiple, polimorfo: el relato como selva que hacemos renacer cada vez más espesa» (p.13). La Dra. Zúñiga se sumerge en esta espesa selva y nos guía a través del laberinto como una avezada viajera, señalándonos los hilos que tejen la trama del misterio del relato, porque más que de suspenso, esta novela está hecha de misterio.

Si en sus *Lecciones americanas* nos dejó Calvino su testamento literario, o mejor dicho sus profecías, en esta novela, la última que publicó, practica sus propias lecciones y anticipa lo que será la novela futura, según su profecía. La Dra. Zúñiga se convierte en intérprete de dicho testamento y para tal fin elige diez *incipit* o párrafos iniciales, donde Calvino ensaya diez diferentes estilos novelescos, que al mismo tiempo son diez novelas inconclusas pero interrelacionadas, dentro de una novela que las engloba, donde el Lector se convierte en viajero que codifica o enmaraña el orden herméutico del mundo.

«Es un conjunto de posibilidades novelescas lo que Calvino ofrece en esta hiper-novela», nos dice la autora. Galería de espejos donde el lector se hace conscien-

te de sus múltiples rostros o posibilidades, como en el *Castillo de los destinos cruzados*, otra novela calviniana donde el tarot llamado *destino* juega un papel esencial en el desarrollo de la trama. En esta hipernovela o metanovela, al igual que en *Rayuela* o en el *Museo de la novela de Eterna*, se hace un cuestionamiento del propio arte de novelar y se abren posibilidades a los narradores futuros que busquen nuevas formas de contar historias.

Como lo señala la Dra. Zúñiga, *Si una noche de invierno un viajero* es una novela que usa la técnica de la divulgación y la interrupción a la manera del *Orlando furioso* y del *Tristram Shandy*, sus ejemplares antecesores, para revitalizar y enriquecer el hilo anecdótico principal: esto ocurre al suspender la historia del protagonista-lector para introducir los diez *incipit* o novelas que lee el mismo personaje-lector.

Esta novela «potencial e infinita» como dice la autora, es una obra digna de uno de los más célebres miembros del *Ou Li Po* o Taller Potencial de Literatura y el incitante libro de la Dra. Dulce María Zúñiga es una invitación para participar en este campo de resonancias y una guía recomendable para los viajeros audaces que corran el riesgo de convertirse en lúcidos lectores-protagonistas.

Dulce María Zúñiga (Culiacán, Sin., 1961), *La intertextualidad en Si una noche de invierno un viajero de Italo Calvino*, Universidad de Guadalajara, Guadalajara, Jal., 2001.

Paraípllos: por la hibridización de los géneros

Silvia Quezada

Cuando se dio a conocer el título del segundo libro de Ricardo Sigala, *Paraípllos*, la primera idea que muchos compartimos fue la de la unidad. Estos viajes al Paraíso son la continuidad natural de aquellos primeros *Periplos*, que publicara en 1995. La idea de lo integral desde la temática nos lleva a recordar, que en alguna charla, el autor hablaba de su escritura futura como un gran volumen, cuyo tópico central sería el viaje. Fueron los días de las lecturas de los viajes mitológicos de Eneas, Marco Polo, los cronistas medievales, los renacentistas que pintaron al Nuevo Mundo. Mas los viajes no se concretaron al escudriñamiento de los libros del género, sino que fueron más allá, en una búsqueda de agotar las posibles mudanzas, recorriendo los mapas que el discurso diera como posibilidades alternas.

Las notas para un cuaderno de viajes que fue *Periplos*, encuentran su razón en *Paraípllos*. El viajero se ha abastecido de buena tinta para emprender la nueva aventura de papel. El panorama narrativo jalisciense le es tan ajeno que prefiere hollar otras latitudes, internarse por ejemplo en los sueños, que como ya lo advir-

tiera Borges, «son la actividad estética más antigua». Desde luego, corrió el riesgo de que muchos habrían de vincularlo con la tradición europea, denostando la extrañeza de que un jalisciense escriba sobre un asunto distinto al de la tierra.

Ricardo Sigala, como egresado de la maestría de letras es uno más de los lectores de estas fuentes, y quizá su reto mayor es el de alejarse de esos caminos recorridos para mostrarse dueño de un modo de obrar. Por lo pronto se manifiesta lejano a la ruta que la crónica señala para todo libro de viajes y lo que es más, se olvida de un solo narrador, de una tierra precisa, para ir y venir por el acontecer de los tiempos. Ahora que el libro ha sido datado, podría sorprender en el porvenir a quien lo tomara entre los ojos. Lo digo porque hablar del Paraíso es un tema infinitamente distante. ¿Existió alguna vez el Paraíso? ¿No fue acaso un sortilegio que iluminó tan solo a los antecesores del siglo de las luces?

La sustancia temática no es lo absolutamente distinto, en un Estado donde la mundana tierra es la que sigue dictando las historias. La extrañeza radica también



Texto leído en la presentación de *Paraípllos* en el Centro Cultural El Refugio en Tlaquepaque, Jalisco, el 22 de junio de 2001.

en la brevedad. Para relatar un viaje, la palabra se preña con minucias, se vale de los verbos descriptivos, de las comparaciones. En *Paraíplos* nunca se describe cabalmente al Paraíso. Muchas de las jornadas que se narran se alejan deliberadamente del transcurrir. En la página 103 puede leerse: «Paraíso m. Trozo de cielo caído, objeto del desprecio de los dioses [...]» la inmovilidad de la definición, lejos de describir, abre el juego de las interpretaciones.

Si algo define al paraíso es precisamente ese deseo de que surja entre los renglones como una aparición. Es como si el autor se esmerara en construir el andamiaje preciso, con un léxico exacto para que asombrosamente la imagen paradisiaca se aposentara. Los textos que componen a *Paraíplos* son oscuros y transparentes, y en esta paradoja podemos advertir la sencillez con la que se ha esmerado Sigala en trabajar cada línea.

El oficio apuntala cada uno de los textos presentándolos con formatos diversos. Cada apartado se abre con un mecanismo diferenciado: diálogo, discurso directo, sentencia, narrador en primera persona, en segunda. En fin, el catálogo que la narrativa del siglo XX abrió como abanico y que le impone al texto un trabajo formal que agradecemos.

El contenido se ha agrupado en apartados: del conocimiento, de la búsqueda, del espejismo del

paraíso, de las criaturas, de las generaciones, de la inmortalidad, de la pérdida, de las revelaciones, en un juego de referencias bíblicas que intentan nombrar lo primigenio. El contenido conceptual nos remite a lo imposible, a lo solamente palpable en la literatura, o en los sueños. La belleza de las imágenes es pura ficción. Legendaria la atmósfera, edénicas las situaciones, *Paraíplos* nombra los imaginados orígenes.

La escritura de Ricardo Sigala es un compendio de literatura mítica. El libro sagrado de civilizaciones variadas, la bitácora del navegante, las notas de viaje, la leyenda popular, la saga, el cuento fantástico, son nutrientes de su mundo narrado. Hemos de atribuirle la suma de ese conocimiento libresco en lo particular, pero también la inventiva de enmascarar. La ficción puede llegar a ser espléndida cuando se convierte en metaficción.

Con *Paraíplos*, Ediciones Arlequín inaugura un nuevo ciclo en su quehacer editorial. La búsqueda no se orienta a la de entregar novedades a la vitrina, sino que pretende constituir un catálogo serio de las nuevas voces que la entidad consigna. Ricardo Sigala ha entrado en este listado propuesto, con un libro escrito sin prisas, gestado en el hibridismo. Acaso el segundo capítulo de un volumen más vasto, que por lo que se lee, habrá de seguirse nutriendo en la historia de la religión, la ciencia y la literatura.

Ricardo Sigala (Guadalajara, 1969), *Paraíplos*, Ediciones Arlequín, Guadalajara, Jal., 2001.

 Ballet Folclórico
de la Universidad de Guadalajara



TEATRO DEGOLLADO
funciones todos los domingos



Daniel Kent
Alegoría del artista ebrio
Oleo sobre tela

coleccion permanente



MUSEO DE LAS ARTES
UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA